



**EL SUBMARINO BRASILEÑO "HUMAITA"**  
(Fotografía de Héctor Guerrero,  
del estudio fotográfico Juan Caruso).

Para intervenir en la Operación Unidas, maniobras navales que se están realizando en el Atlántico, con buques norteamericanos, brasileños, argentinos y uruguayos, estuvieron estacionados en nuestro puerto algunas unidades pertenecientes a las naciones vecinas que atrajeron la atención del público, muy especialmente el submarino "Humaitá", de la flota del Brasil.



Don Ramón Menéndez Pidal.

París, 28 de setiembre de 1960.

Excmo. Señor Don Ramón Menéndez Pidal,  
Presidente de la Academia Española.

Madrid.

Maestro:

Ni el respeto ni el afecto que sentimos hacia su persona ni la admiración por su obra han podido disuadirnos, antes bien nos han estimulado, a hacer ante usted el comentario que nos sugiere el acuerdo adoptado por el Congreso de Academias, reunido recientemente en Bogotá, relativo al traslado a España de los restos mortales de Antonio Machado.

Quiénes conocemos a usted, y sabemos de su formación y de su diáfana vida, deseamos, en absoluto, toda intención dolosa de su parte en la motivación de la propuesta y la atribuimos tan sólo a un vehemente deseo inspirado en el amor y la admiración al poeta y a una interpretación suya personal del patriotismo. A pesar de lo cual, ello nos ha dolido profundamente y jamás hubiéramos pensado pudiera ser usted quien nos causara tal dolor. Y no es que seamos opuestos a que las cenizas de nuestro poeta vayan a reposar definitivamente en España. ¿Cómo podríamos oponernos a ello, si anhelamos también nosotros volver? Y ¡con cuán irresistible anhelo! Pero es que la España hoy aherrrojada, en la que no se respetan los más fundamentales derechos humanos, no nos parece digno sudario para tal muerto.

Antonio Machado no es sólo él y sus versos; es, además, una vida con íntimas dedicaciones que él respetó en su máxima pureza, una vida forjada en una España que es hoy, a diario, pisoteada, ultrajada, escarnecida por quienes hoy dicen ser España. Aquella España de Machado la conocía usted mejor que nosotros, pues que era la que, con don Francisco, "el viejo alegre de la vida santa" como mentor, y luego con don Manuel B. Cossío, un grupo de hombres señeros, usted entre ellos, soñaban forjar y que ya había sentado sólidos cimientos. Aquella España que ustedes soñaron, la que también soñamos nosotros con otros de nuestra edad, y que ya comenzaba a ser realidad optimista, toda ella libertad, tolerancia, laboriosidad, idealismo, grandeza de alma, músculo y espíritu en concierto armonioso, es muy otra de la que hoy sería autorizada, cínica e hipócritamente, a recibir las cenizas del poeta.

Para que Machado pueda volver a España con la dignidad y el honor que le son debidos, habrían de cumplirse cambios profundos que usted adivina, entre ellos hacer respirable la atmósfera ética y política del país para que fuera posible la existencia de ciertas entidades, entre las que citamos preferentemente, pues que a usted nos dirigimos, aquella INSTITUCION LIBRE DE ENSEÑANZA tan alevosa, insensata, injusta y bárbaramente hecha desaparecer, donde él tuvo su hogar, encontró siempre calor de familia, y en la que se formó. Mientras esas condiciones no se cumplan, aunque sus cenizas fueran a reposar junto al Manzanares, o a orillas del Guadalquivir, o junto a San Santuario y el Duero, o a Segovia, de cara a la "MUJER MUERTA", no reposarían en España, la que él cantó, amó y colaboró, ilusionado, a forjar.

Por otra parte, ¿para qué ese traslado en las actuales circunstancias? Para hacerlo de tapadillo, en las tinieblas, con sigilo, cuai si se tratase de un criminal ajusticiado, como acaba de hacerse con el que fue modelo

# CARTA DIRIGIDA AL PRESIDENTE DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA POR EL PRESIDENTE DE LA LIGA ESPAÑOLA DE LOS DERECHOS DEL HOMBRE EN EL EXILIO

de ciudadanos, de hombres dignos, ejemplar dechado de españoles serenamente íntegros y varoniles: Julián Besteiro? No, don Ramón, no; así no puede volver a España nuestro poeta. El puesto que ocupa en el corazón de tantos millones de españoles que ahí anhelan exteriorizarle su admiración, su afecto y hasta su gratitud y que en los momentos actuales no podrían hacerlo, merece otra cosa que esa entrada de tapadillo "con permiso de la autoridad".

Se nos dirá que Machado pertenece por igual a todos los españoles, a lo que noso-

trasladadas. Ni un solo momento faltan en ella flores: flores de la libre tierra de Francia, ofrendadas por manos de compatriotas, también como él en exilio, pero que aquí se sienten hombres libres, libertad que la patria les niega.

¿A qué, pues, conduciría la ejecución del acuerdo de Bogotá? ¿A desesperar a quienes esperamos anhelosos ese día que para nosotros será de gloria? No lo intenten. Quiénes aquí las cuidamos amorosa y celosamente no estamos dispuestos a dejárnoslas arrebatadas, aunque para impedirlo tengamos

Al pedirselo así, confiadamente, le reiteramos nuestro respeto, admiración y afecto.

Por la  
LIGA ESPAÑOLA DE LOS  
DERECHOS DEL HOMBRE  
(en el destierro)

José BALLESTER-GOZALVO  
Presidente

\*

Madrid, 18 de octubre 1960.

Sr. D. José Ballester-Gozalvo.  
Mi distinguido amigo:

*II*  
*Esta luz deslucida... es el palacio*  
*donde nació con su rumor de fuente.*  
*Mi padre, en su despacho la alta frente,*  
*la breve mosca y el bigote lacio.—*  
*Mi padre, aun joven. Lee, escribe, hojea*  
*sus libros y medita. Se levanta;*  
*va hacia la puerta del jardín. Pasea.*  
*A veces habla solo, a veces canta.*  
*Sus grandes ojos de mirar inquieto*  
*ahora vagar parecen, sin objeto*  
*donde puedan posar, en el vacío.*  
*(Y escapan de su ayer a su mañana;*  
*ya miran en el tiempo ¡pachemio!*  
*piadosamente mi cabeza cana).*

Soneto autógrafo de A. Machado. (CLXV, "Sonetos", IV, Nuevas Canciones, 1917-30). (Original que pertenece al archivo de Dora Isella Russell).



Antonio Machado. — Dibujo de Ricardo Aguerre.

tros responderemos que no. Machado, por su genio, pertenece, sí, a todo el mundo del espíritu; pero en orden a los españoles, nos pertenece más, nos atrevemos a decir que íntegramente, a nosotros, a los que sufrimos y luchamos con él, a quienes le prodigamos palabras y actos de consuelo cuando los hubo menester, y con él abandonamos un día la patria ensangrentada por el crimen que él repudió desde el fondo de su alma y que su musa anatematizó. Machado irá un día, quizá no lejano, a España, como merece ir, a hombros de quienes con él cruzamos un día el Pirineo, camino del destierro, en gesto de dignidad, de patriotismo; pero lo será cuando el pueblo español, recordada su libertad, pueda exteriorizarle el amor que fielmente le guarda.

Aunque la Historia, lo sabe usted infinitamente mejor que nosotros, no se repite, sí se producen, a través del tiempo, situaciones que presentan fuertes semejanzas. La que hoy motiva esta carta las presenta con la respuesta que otro también excelso poeta, también infinitamente amado de su pueblo y también ilustre desterrado, dio a quienes le consultaron un día sobre su vuelta a la patria, al amparo de una amnistía: "Sólo cuando la Libertad vuelva a Francia volveré yo", les dijo.

Por lo demás, sabe usted perfectamente que esas cenizas, para nosotros sagradas, no yacen en abandono, ni mucho menos. Sus devotos acaban de construir para ellas una bella y sencilla sepultura y a ella han sido

que oponer la máxima resistencia, sin descontar la física. No den, ni usted ni la Academia, ocasión a que precisemos hacerlo. No nos cause usted, con la mejor de las intenciones, el mayor de nuestros dolores de desterrados.

Además, el acuerdo de Bogotá llega con retraso y es, por tanto, inoperante. Hace ya más de veinte años, el día mismo en que a nuestro lado murió en Francia, miles de corazones españoles, sin consultarse siquiera, adoptaron el acuerdo tácito de trasladarle a la patria, cuando ésta volviera a ser "su patria". Y pues nuestro acuerdo tiene preferencia, no sólo en el tiempo, sino también en orden a otras circunstancias que usted adivina, pretendemos también esa preferencia en su ejecución. Le suplicamos, por tanto, no intente nada que pueda oponerse a ello. Deje usted que en el altar de Antonio Machado oficien sólo los sacerdotes de su culto y ayúdenos a alejar de él a los fariseos. Aquí se le invoca, se le canta, se le ensalza y hasta se le reza en español. Porque la España que le ama y la única que hoy podría exteriorizarle libremente ese amor está aquí, en destierro, anhelosa de volver a la patria querida y deseada llevando consigo esas cenizas sagradas, con igual unción, respeto, amor y contento, con que aquel otro pueblo, sin patria oficial, como nosotros, transportaba el Arca de la Alianza. Haga usted cuanto pueda porque, hasta que ese día llegue, nadie intente arrebatárnoslas.

Lamento vivamente el disgusto que le proporcionó la resolución del Congreso de Academias en Bogotá, relativa al traslado a España de los restos mortales de Antonio Machado. Ni la Academia Española ni yo tuvimos la menor participación en ese acuerdo, ni conozco aún sus términos, y sólo puedo adelantar a usted que es un acuerdo sin la menor validez e importancia. Hace bastantes años que la Academia Española trató el tema, pero la negativa de la familia de Machado dio por terminado el asunto, y no se ha vuelto a tratar de él.

Yo, hace años, en una cuartilla enviada para ser leída ante la tumba del poeta, expresé mi deseo del traslado cuando las circunstancias lo hicieran posible. Mucho siento que me haya usted creído participe en esa nueva iniciativa hecha sin conocimiento ninguno de los antecedentes, ni de las oportunidades. Está usted seguro de que el acuerdo de Bogotá no tiene más trascendencia que el deseo de quienes lo formularon.

Estimo mucho el envío de los documentos que acompañan a su carta pues me ponen al corriente de hechos que yo no conocía bien. Sobre todo le agradezco su discurso del 9 de octubre del 59.

Muy agradecido al cariñoso tono que toda su carta respira, le saluda muy afectuosamente y queda suyo

R. MENENDEZ PIDAL

Enviado directamente para publicado en EL DIA.

# MUSICA DETRAS DE LAS REJAS

LA evolución constante de la cultura, conduce a tomar como punto de referencia, para estimar el valor de un hombre y de una sociedad, el desarrollo espiritual que aquél posea.

Con ese criterio, el Director General interino de los Institutos Penales, Sr. Ricardo Carrera, persigue el cumplimiento de un plan formativo dentro de las cárceles, que al mismo tiempo que resulte estimulante para el preso, le abra nuevos horizontes y le brinde un camino mejor al expirar la condena.

El prisionero tiene largas horas para meditar el alcance del acto que lo condujo al fondo de una celda. Y sin duda de esas horas solitarias nacen reflexiones y arrepentimientos, y el ardiente afán de volver por la buena ruta. En un periódico impreso y publicado en los Institutos Penales, "Senda", de hace varios años, nos llamó la atención, además de un soneto de buena estructura, un artículo titulado "Meditaciones",

pues sólo se siente "una caja de Pandora sin la esperanza pero con todos los males", "ya que la prisión y el reuma no rejuvenecen, por cierto", acota. Es un hombre que "ha comprendido el valor de un año", y recomienda a los jóvenes la honradez y la rectitud, porque "no es buen negocio" dilapidar la juventud en la prisión. ¡Cuántos habrá, como éste, que al reflexionar sobre su suerte, han comprendido su error y quisieran regresar sobre lo pasado para no reincidir!

Es indudable que el fin de la reclusión, no es sólo hacer expiar un crimen o satisfacer la sanción que las leyes ponen al hecho delictuoso. Se trata, fundamentalmente, de remodelar la personalidad moral del individuo y capacitarlo para que pueda reincorporarse a la sociedad como elemento útil. Y la instrucción, es una de las vías más eficaces para conseguirlo.

Nos explica en forma sintética, el Sr. Carrera, el programa de enseñanza progresiva, que abarca los seis años primarios, en ciclos adaptados, así como la coordinación de la enseñanza primaria con la enseñanza básica industrial. Esta última proporciona a aquellos que prueban su competencia, un certificado de capacitación, expedido por la Universidad del Trabajo, y, lo que es más valioso desde el punto de vista moral, sin el sello de la cárcel.

Porque la obra de ésta, no es castigar, sino reeducar. Y más que nada, preparar un porvenir mejor, para que el delincuente que ha cumplido su pena, recobre su confianza en sí mismo como elemento socialmente provechoso.

Con ese fin, entre otras promisorias iniciativas, se están organizando los futuros Talleres de Artes Libres, ampliando el campo de trabajo que hasta ahora comprende la fabricación de pan y alimentos, fidejería, carpintería, herrería, imprenta, zapatería y sastrería. Una de las nuevas actividades, es la cestería; y pudimos apreciar cajas, costureros, canastos, de vistoso aspecto y prolija terminación.

Otro, digno de considerarse, y al que nos referiremos en particular, es el taller de guitarras.

Leímos en la prensa, los favorables comentarios que mereció el acto musical con que conmemoraron el 25 de Agosto, los reclusos de Punta Carretas. Números folklóricos y piezas clásicas compusieron el repertorio, que se inició con el Himno Nacional, entonado con perfecto afinamiento por el núcleo de veinte cantores obedientes a la batuta del maestro Hugo López, director de canto coral, y de Doroteo Andrade, director de música. Esfuerzo conmovedor el de esos hombres que alguna vez extraviaron el rumbo, incurriendo en el delito, y que están readaptándose para llevar una existencia regular y digna, buscando para ello

un medio de vida y el cultivo del espíritu. La actividad musical cumple en forma auspiciosa esa tarea ennoblecedora, tan necesaria en un ambiente de donde parecen desenterrados el desinterés y la felicidad.

Hubo, hace bastante tiempo, en el penal de Punta Carretas, una banda, que se desmembró, desanimados sus integrantes por diversos motivos. Nuevas tentativas para formar otra, así como formar coros, no llegaron a culminar, debido a cierta resistencia pasiva de los presos. Pero posteriormente, y gracias al buen sentido del Jefe del Establecimiento Penitenciario, Sr. Carlos Tuboras, y al Sub-Jefe del mismo, Sr. Sebastián Zaccaron — en estos momentos encargado del penal de Libertad —, surgió de los mismos presos — y, cosa curiosa, entre los de peor conducta —, el deseo de formar un conjunto folklórico que ensayó números nativos, suramericanos y negros, payadas y recitados criollos. Asimismo tomó al fin cuerpo el coro, de tan alentadora demostración de posibilidades en el pasado mes de agosto.

Y este interés por la música ha derivado, concretamente, en una actividad que ofrece gran porvenir y buenas perspectivas, entre las cuales figura en primer término, la de poder ofrecer guitarras baratas a todo el país. Popularizadas y accesibles por su bajo costo, las guitarras llevarán a todos los rincones del territorio, las melodías de un instrumento en el que reviven a la vez la tradición hispánica y la leyenda gaucha, serenatas y "cielitos".

Nada menos que Santurión es el instructor del incipiente taller, que tiene sólo un artesano, por ahora. Calmo, de voz reposada, el preso nos enseña su trabajo. Hermosas guitarras, de excelente sonoridad y pulimentada presentación, han sido fabricadas en el penal, como una evasión por el sendero de la belleza, mientras se cumple el plazo de la condena. Nos enseña el recluso las etapas de fabricación, y sus manos hábiles nos muestran el manejo de la prensa que contornea los aros, palpan juntas invisibles, levantan el mástil que se adapta con precisión a la caja. Varias guitarras bien terminadas, prueban la pericia del discípulo de Santurión. Aquél alaba al maestro, y recordamos la magnífica guitarra realizada por éste, que suele usar Julio Martínez Oyanguren, cuyos dedos privilegiados logran prodigios de expresividad artística.

Nos anticipa el Sr. Carrera que se proyecta para los primeros días de diciembre una exposición de guitarras, de los cuatro tipos universales, y por las que hemos visto no dudamos del aplauso con que se verá recompensado este simpático esfuerzo.

La gran aventura de mejorar al hombre, se lleva aquí adelante con loable comprensión de las condiciones y el medio que pueden haber llevado hasta la delincuencia,



El señor Ricardo Carrera, Director General interino de los Institutos Penales.



Con manos hábiles, el artesano da forma a los aros.

por los excelentes consejos de un penado que ha visto correr el tiempo, a través de los barrotes de la prisión, suscitados por la noticia de la muerte de dos compañeros de la infancia, aquella edad de "la enorme moña azul de los colegiales y las orejas coloradas debido a la inspección materna". Pero la vida ha pasado, y resume: "Hoy, apesadumbrado por la muerte de mis dos amiguitos, viejo y preso, temiendo irme sin dejar algo, escribo esto, muchachos, rogandoles que no se apresuren, no se maltraten, no odien, que aun saliendo sin ropa, casa ni dinero, alguien se apiadará, que la vida es corta, tanto, que fue ayer que mi madre me dejaba las orejas coloradas." Da lo único que tiene para dar, su experiencia,



Guitarras uruguayas, llegarán a todo el país como un meritisimo exponente del esfuerzo individual.



Otra fase del proceso de construcción de estas buenas guitarras hechas en los talleres de la cárcel.

y las autoridades carcelarias — lo comprobamos escuchando al Director hacer el elogio de sus subordinados — acometen la tarea difícil, porque está en juego una parte delicada e íntima del ser humano, en esa zona de los conflictos psicológicos que casi nunca puede conocerse totalmente. El Sr. Carrera no deja de subrayar el interés y el sostenido apoyo con que le respaldan, desde el Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social, el Ministro, Dr. Pons Etcheverry, y el Subsecretario, Dr. Beltrán. Lo observamos: es sencillo, afable, cordial. Siente respeto por el hombre. Y su confianza en la regeneración de éste, nos recuerda lo que alguna vez escribiera aquel inolvidable espíritu que fue el Dr. Eduardo J. Couture: "Tengamos fe en el Derecho como el mejor instrumento para la convivencia humana; en la justicia, como destino normal del Derecho; en la paz, como sustituto bondadoso de la justicia, y, sobre todo, tengamos fe en la libertad, sin la cual no hay derecho, ni justicia, ni paz."

Hemos atravesado puertas de pesados cerrojos, entre guardianes, por patios con celdas en hilera. El mal, el delito, el hecho anti-social, estaban allí dentro. Pero también caben allí el propósito de enmienda, la rectificación de conciencia, el remordimiento. Al salir, después de haberse cerrado a nuestra espalda, tranquilizadora, la última verja, pensamos — y la asociación de un concierto realizado en tan insólito escenario contribuye a ello — que siempre, siempre, se está a tiempo de recuperar la dignidad moral y el decoro de la vida.

Dora Isella RUSSELL

(Especial para EL DIA)

## RECUERDOS DE TREINTA Y TRES

# PEDRO LEANDRO IPUCHE



Pedro Leandro Ipuche.

ESTE recuerdo me nació una oscura media mañana lluviosa del invierno de 1932, en un banco de la escuelita rural N° 10. Castigaba la garúa fría contra el zinc y los vidrios. El viento se quejaba como una criatura, al despedazarse contra las paredes de granito. Chorreaba el agua por todas partes. Tiritaban animales y plantas. Mojada y gris, opaca, seria y muda hasta la desolación, la sierra toda parecía un gigantesco escenario de piedra y pesadumbre, levantado entre el horizonte y los dos arroyitos epónimos.

Visto desde cierta distancia, sobre la cúspide del cerro más alto del lugar, el salón de clase tenía todas las apariencias de un barco fantasma anclado en medio de la bruma. Visto desde adentro, el barco aparecía apenas tripulado por una escasa docena de "marineros" perdidos entre la doble fila de bancos y una "capitana" haciendo equilibrios para no dormirse sobre el pupitre. Nada más indicado para obligar a un gurí a leer en la escuela, que un invierno algo riguroso. A fuerza de aburrimiento, lo obliga. Es justamente a dos o tres de esos inviernos, que yo puedo agradecer mis primeros contactos con la literatura nacional. Y es a éste que estoy evocando, que debo mi encuentro con Pedro Leandro Ipuche.

"Fernanda Soto" recién había ocupado su lugar en la biblioteka negra que recortaba el ángulo noroeste del salón. Libro flaco pero alto, sobresalía varios centímetros por encima de sus compañeros de fila en el estante. Un ancho recuadro rojo resaltaba sobre la tapa, la campechana imagen en negro de la "vieja sorda", tomando mate con un cuzco a los pies y un pajarraco al hombro.

—Vos mismito...

Le dije yo; y tratando de disimular hallazgo y regocijo, me deslicé hacia el último banco, a saboreármelos solito. Coloqué el libro sobre la mesa, me senté lo más desparadamente que me pidió el cuerpo, me apoyé sobre los brazos cruzados y me puse a mirar mi descubrimiento. Nuevito, era. Precioso el marco rojo sobre el fondo blanco. El "Pedro Leandro Ipuche" de allá arriba contrastaba por lo chiquito con el "Fernanda Soto" de más abajo que, a lo largo y de tan grande, cortaba el marco a lo ancho. Me estuve así, más de veinte minutos alabándole paciencia y cachaza a aquella mujer vieja que lo más "suelta de cuerpo", tomaba su mate entre semejantes bichos: nada menos —según mi personal interpretación del grabado de Antonio Pena— que un cuzco barbilla "más feo que pegarle a dios", y una lechuza grandota con cara de "cristiano". Cuando leyendo el libro, supe que la del hombro no era una lechuza sino cotorra, me sentí refrescar de contento. Pero me dejó en seguida "contra el suelo", la noticia de que el cuzco barbilla no era cuzco ni barbilla sino una perra pelada de esas que dan asco de sólo oír las ladrar, ¡cuánto más de sentirles el contacto!... ¡cuánto más tomando mate dulce!...

Por allá abajo, "Montevideo". Y ya interrumpiendo el lado inferior del marco, "1931".

¡Qué iba a entender la dedicatoria a "Juanita", donde Ipuche se dejaba caer con

un "canto que iluminó mi infancia", yo que sabía bien que lo único que iluminaba era la luz. O "con silencio y palabra de cal", allí donde justamente la cal salía de la piedra que, arrancada en nuestro campo, quemaban la vieja calera de Núñez y la de Anselmo Lugo!

Las nuevas ilustraciones de Pena — una mujer con un niño en la falda (Juanita y Perucho) y la vieja Fernanda entrando a la casa de Ipuche — me tuvieron otro rato cavilando.

Del Capítulo I me quedó el cielito, que después le robé a don Pedro en un billete para una ingrata:

*Cielo, cielito,  
cielito y llanto:  
no puede ser feliz  
quien pena tanto.*

Y otra cosa, me quedó: la envidia por el gurí que acompañaba con la guitarra el canto de la vieja. Envidia que volví a sentir: después — muchos años después — cuando supe lo que era una guitarra en manos del que había sido aquel gurí, que se llamaba Pichón Ipuche. Sabiendo ya, por entonces, lo que era, además, la amistad sencilla y llana de aquel hombre, a la que me arrojé a no menos clara y pura de sus hijos, compañeros de banco y de aventuras.

Del Capítulo II me impresionó el retrato de doña Fernanda y me hizo reír con ganas el lestinio de una bombillita que había sido del General Lavalleja, petisa como su dueño.

Del III me gustó una descripción del Treinta y Tres de cincuenta y pico de años atrás, y una preciosa pelea de gurises: Ipuche con un tataranieto de la vieja, llamado "Muleque", que al lado del autor "parecía un tatú cerca de una garza". Pues el tatú le dio a la garza una bárbara movida.

En el IV me quedé cismando con estampa y costumbres de Juan Lima, compañero y medio peón de la vieja. Pero lo que no tuvo desperdicio para mí, fue el contrato vitalicio de doña Fernanda con un tal viejo Medeiros, por el cual éste la surtía de carne y almacén en vida, a cambio de una chacrita "en muerte". Los dos cumplieron; pero la vieja "le" vivió al otro, nada menos que ciento cinco años.

\*

Un lejano campanilleo venido desde allá del pupitre, me sacó del rancho de doña Fernanda y me devolvió otra vez tripulante del barco anclado en medio de la niebla y sacudido por el azote del vendaval. Era la hora de salida. Me acerqué a la maestra y le pedí:

—¿Me deja llevarme esta vieja a casa, señorita?

—¿Qué vieja, muchacho?!

Se la presenté:

—Fernanda Soto de Ipuche.

Quedó mordiéndose la risa.

Llegué a casa empapado; pero con el cartapacio sequito bajo los cojinitos. Esa noche me acosté temprano y me engullí el resto de doña Fernanda.

Me entusiasmó la "carnavaliada", y no creí en la intoxicación con pepitas de durazno del Capítulo V, pues las seguí comiendo.

Me asustó el tremendo castigo de la vieja al hijo de barbas blancas — por el delito de dejarse sorprender fumando, por la madre — a zapatón limpio sobre la boca bigotuda pero pecadora del Capítulo VI.

Del VII me quedó grabado aquel viaje de medio legua un día entero, de la vieja a la chacrita, sobre el petiso mañero. Un cuadro de ocaso; lento, suave, resignado...

Eso sí, lo que no podré olvidar nunca, es el velorio de doña Fernanda, en el VIII y último Capítulo. Un velorio que "fue tan apacible que hacía bien. Nadie lloraba. Era un renacer. Pasaban los mates por entre las manos como urnas ardientes de libaciones íntimas". No podré olvidar los abrazos del "Muleque". Ni el "así es la vida... Tarde o temprano todos nos iremos" de don Juan Lima. No podré olvidarme, en fin, de las tribulaciones de un pobre gurisito llamado Pedro Leandro Ipuche, que allá frente al cadáver — "ensartado con unas cuantas personas taciturnas" — cismaba con el enigma de una vieja ofensa que le había inferido en vida la centenaria recién muerta. No podré olvidarme nunca de ese diminuto cuadro de la inocencia enfrentada con la cara

más grotesca del misterio. Una miniatura colocada por Ipuche como al descuido, sobre fondo tétrico. Siempre comparé la cara que yo le imaginaba a aquel pobre gurí, con la de un ternerito huérfano entreverado por casualidad en uno de esos bárbaros "velorios vacunos", en los que el ganado adulto, entre bramidos que estremecen hasta las piedras, suele despedir el cuerpo de algún compañero caído en medio de las soledades del campo.

Al año y poco de haberme trasladado a Treinta y Tres del Olimar, empezó a sonar la aparición de "Isla Patrulla". Conocía la "capital" de la quinta sección como a mis propias manos. Antes de vivir entre "yerbalitos", yo había vivido entre "avestruces". Tenía sabor familiar para mí aquel nombre. A él se sumó el recuerdo del autor de la "Vieja Sorda". Lástima que ahora, cuando empieza a agrandarse este recuerdo de Pedro Leandro Ipuche, comienza a achicarse el espacio disponible para dedicarle. No es posible desmenuzar "Isla Patrulla" de cabo a rabo. Sólo es posible resumirle el jugo del que yo me nutrí leyéndolo. Jugo nutricional que se juntó al que ya andaba por mi sangre de algunos libros de Acevedo Díaz, Javier de Viana, Fernán Silva Valdés, Montiel Ballesteros y otros que podrían "pesarse" en la biblioteka de mi escuela, defendiéndome contra el ataque europeísta de programas y métodos y la arremetida de cierta criollofobia juvenil a la moda, durante mis cursos secundarios de Literatura.

Ello sin despreciar la ayuda de una natural tendencia rinconera que traía yo de nontar a caballo, tranquear entre los terrones, oír mentiras y mentir a la orilla del fuego, bailar a los corcovos y cantar alguna décima medio lagrimeando.

Pero la verdad es que "Isla Patrulla" fue entonces para mí, la revelación consciente de una cosa importantísima para mí, hoy: que aquel mundo chico — al cual por chiquitito, trivial, doméstico, gastado por el uso de todos los días y todas las horas de mi niñez, yo jamás hubiese considerado digno ni de una composición escolar —, algo habría de guardar tras aquel cascarón aburrido, como para merecer el honor de una novela, o de un "romance en prosa" para hacerle el gusto a Ipuche.

Sinceramente me hizo gracia, en un principio, encontrarme allí con seres, cosas y lugares con los que yo me había tratado de "ché" desde antes de mudar de dientes. La misma gracia que sin duda tuvo que haberle producido a más de un lector de la primera edición del Quijote, encontrarse de pronto con algún caminito de la Mancha que transitó correteando mariposas; o con un nombre que aprendió a pronunciar gateando, o una frase que escuchó en la escuela, o con un rostro que contempló desde la falda de la madre...

Gracia fue que con "Isla Patrulla", Ipuche me enseñó a concebir como posible la universalidad de un par de tamangos "aradores" y de un "medio rial" de yerba; de



Portada del libro "Fernanda Soto", realizada por el escultor Antonio Pena.

IPUCHE

Ello me despierta la vida de un  
tendencia humana que trata de  
a caballo, trasparece entre las  
mentas y me lleva a la vida del  
lar a los corcos, y como algo  
nada logramos.  
Pero la verdad es que "los  
entonces para mí, la memoria  
de una cosa importante para  
que aquel mundo dice — el  
quinto, sexto, décimo, quinto  
de todos los días y todo lo  
citas, y por lo tanto, cuando  
a de una concepción social —  
tra de guardar tra aquel como  
como para nosotros el honor de  
de un "bueno es gran" para  
a Ipuche.  
Sucesamente me han guio, me  
copia, encuentro allí con una  
lugares con los que yo me he  
de "la" desde antes de haber  
La misma gracia que me da  
haber producido a mí de un  
proceso físico del cuerpo, encuen  
pronto con algún cambio de la  
que trazo sufriendo mi propia  
un hombre que aprendió a pro  
bando, o una frase que escuché  
caba, o con un rostro que contem  
la vida de la madre.  
Gracia fue que con "Isa Patru  
cho me enseñó a conocer como  
universalidad" en un par de  
dotes" y de un "bueno" de  
ro Ipuche  
A SOTO



Un hermoso ejemplar humano, típico exponente de los indígenas del altiplano.

# LA LEYENDA DEL MAESTRO AMERICANO

de la salud y lleva el consuelo a los hogares.

—No basta, — replicó el Monarca — gozar de la salud del cuerpo para ser feliz. Hay hombres que parecen fuertes, pero que tienen el interior derruido; hay almas en ruinas por efecto de un viento moral destructor; hay almas donde los inmensos paisajes fueron abatidos y devastados por un misterioso huracán; hay almas donde llueve y truenan sin cesar.

Vencido otra vez, el Visitador, se encaminó por el Oeste, y trajo un hombre no menos erguido, que empuñaba un bastón.

—Este, dijo con energía, creyendo haber hallado la persona que deseaba el Rey, posee el bálsamo del corazón, devuelve el honor mancillado, levanta el sentimiento de dignidad, alimenta la raíz misma del derecho que vale más que la vida.

—¡No!, exclamó el Inca; tampoco es éste el hombre que necesito para hacer la felicidad completa de mi raza, porque no todos tienen sed de justicia, como no todos sufren de enfermedad, ni todos comprenden las bellezas arquitectónicas. Yo quiero algo más general: un hombre que avive el fuego de mis súbditos, que ahora parecen vivir sin vivir, porque en ellos el alma está encadenada, y si no amara su corazón, semejaría una piedra funeraria colocada en el pecho. Su inteligencia está yerta, se quemaron sus alas, y no puede volar en el espacio sin límites que abre el pensamiento. Su conciencia se ha enmudecido como un monolito en Tiuanacu: son seres con forma de hombres pero sin alma. Yo, quiero un hombre que encienda estas llamas apagadas, que ponga alas al pensamiento e introduzca en los corazones un poco de ese cielo en busca del cual andamos. Yo quiero, en fin, que construya el futuro en la niñez.

El Visitador salió cabizbajo, pensativo. Tomó rumbo al Sur. Anduvo mucho tiempo por breñas y quebradas, montes altos y valles profundos, buscando al hombre de su ideal. Por fin un día, en que el buen padre Sol prodigaba sus rayos quemantes sobre las tierras, inhalladas hasta entonces, de los Charcas, encontró cerca de Chuquisaca, a la vera del camino, un ranchito blanco, cercado de pastos, árboles y pájaros. Allí estaba sentado en una piedra, a la sombra apacible de un molle-añoso, un hombre humilde, de aspecto venerable, ojos soñadores y dulce faz, departiendo amablemente con los labriegos, jóvenes y ancianos, sobre el sentido de la vida espiritual.

—Este es el hombre, dijo para sí el Visitador. Y después de convencerlo de las excelencias del gobierno incaico y las bondades de su Emperador, lo llevó al Cuzco.

Una vez en presencia del soberano, expuso el Tucuy Rico: he aquí el hombre anhelado, señor. Le oí decir que de nada sirve el bienestar material si no se abre el espíritu del hombre y del pueblo a la comprensión de los seres y de las cosas, a la posibilidad de obrar y de crear. Le oí decir que cada uno lleva la felicidad en sus propias manos, y que lo esencial es ver claro en sí y en los demás. Le oí decir que los hombres son montones de alegrías y de dolores. Le oí decir que ellos no son necesariamente buenos ni necesariamente malos, que cada uno tiene su cuerda sensible, y que todo el secreto consiste en hacer vibrar la buena. Le oí decir, finalmente, que la felicidad no es un don del cielo, sino una adquisición del saber y del querer.

—¿Con él haré la transformación de mis dominios? — exclamó el Inca lleno de satisfacción.

Ese sembrador espiritual, ese conductor del pueblo, era el amauta, el MAESTRO, vale decir, el más ilustre y abnegado servidor de la nación.

Vicente DONOSO TORRES

(Especial para EL DIA).

una flor de terutero y de una "contra flor el resto"; de un tesito de cedrón y de una "ligadura" de mujer; de un estilido de ausencias y de un concierto de grillos o de ranas, o de chicharras o de zorzaes. En pocas palabras: "Isa Patru" me enseñó a no avergonzarme de esos humildes afectos lugareños de que está poblada el alma de un gurí campesino. Me enseñó que la tierra, el aire, el agua y la luz, el árbol, el bicho y el hombre del más recóndito micromundo, pueden transformarse en sustancia cosmogónica, con sólo haber sido sustancia de humana ternura.

Y hasta aquí, mi recuerdo treintaitresino de Pedro Leandro Ipuche. Recuerdo fermental éste, que me quedó encendido en los cuatro versos de una de las pocas poesías tuyas que alcancé a leer por aquellos tiempos:

"Nací cerquita de un río,  
Crecí al lado de sus árboles,  
Y desde entonces no soy  
Más que agua flexible y árbol"...

Cantando esos versos me vine un día para Montevideo. Fue ya aquí, que empecé a conocer el resto de la obra del autor de "Fernanda Soto" y de "Isa Patru". Todavía la estoy conociendo. Y cuanto más la conozco, menos me explico que, siendo

como es ella en conjunto, una grandiosa "Sinfonía a Treinta y Tres", continúe aún Treinta y Tres tan lejos de conocerla. No hay duda alguna de que debe ser por esto que el pago le esté debiendo su reconocimiento a Ipuche, como me decía cierta vez Ramiro Llano. ¡Y pensar que a esta altura son nada menos que cincuenta años de deuda! ¡Menos mal que a Luis Hierro Gambardella y a Martín Ois les "roncó el Olimar en las tripas" hace unos días, en medio de la vorágine parlamentaria! Que si no... Pero quién sabe, todavía...

Por lo que respecta a la parte de esa inmensa deuda que corresponde a este modesto admirador de don Pedro, queda hecho el depósito de la "módica cuota" de este recuerdo, a cuenta de mayor cantidad. Aunque esa mayor cantidad cada día es mayor. Porque, ¡mire que es cosa linda cruzar cualquiera de los puentes de aquí para allá, con estos versos a flor de labios y a fondo de alma:

"Olimar, mi padre Río  
De los anchos mataojos,  
Donde las aguas contentas  
Al verme, me reconocen"...

Julio C. DA ROSA

(Especial para EL DIA)

INCA ROCA, heredero de extensos territorios, no contento aún de sus riquezas, ni de la paz que gozaban sus vasallos gracias a su organización social, llamó un día al Tucuy Rico, Visitador del Imperio, y le dijo:

—No me satisface esta quietud de mi reino, basada únicamente en el amor; hay algo que le falta para llegar a la dicha completa. Ve a buscar por mis dominios a un hombre que pudiera hacer esa felicidad.

El Visitador fue sucesivamente por las cuatro provincias del vasto imperio, en busca del hombre anhelado.

Del Norte, trajo uno que tenía las manos iluminadas.

—¿Qué sabe hacer?, interrogó el Monarca al Visitador.

—Caminos amplios, grandes fortalezas, templos esbeltos, palacios encantados, monumentos magníficos — contestóle.

—¿Qué hará mi pueblo — repuso el Inca, con estas obras maravillosas, si no sabe sentir las ni apreciarlas?

El Visitador salió desconsolado y fue por el Este, de donde trajo un hombre erguido, que llevaba colgada al hombro una bolsa de hierbas.

—¿Qué sabe hacer?, volvió a preguntar el Monarca.

—Mitiga el dolor de los enfermos y sacia la sed de los heridos; tiene el secreto



Roncesvalles — Navarra.

**PAMPLONA** es una ciudad demasiado explotada por los Sanfermines para poder decir algo nuevo acerca de ella. Sin embargo no es posible silenciar su buena planta, su limpieza urbana, su apacibilidad y su buen vivir. Aunque llegáramos a ella en un día de calor tremendo y la encontráramos llena de turistas y de Odontólogos en Congreso internacional, supimos apreciarla en su belleza. Verdad es que no encontramos (en buena hora sea dicho, y ya se verá por qué) alojamiento y nuestras dudas se resolvieron gracias a la amabilidad

de un buen hotelero que nos aconsejó seguir viaje hasta casi la frontera navarra con Francia: Burguete.

Burguete es un pueblo precioso, limpio, con aguas que corren ligeras por las cunetas de su única calle, carretera a la vez, principal. En Burguete hay dos hoteles acreditados, buenos ambos, y como estaban llenos también de franceses, pues nos llevaron a dormir a una casa particular, muy buena, muy limpia, cuidadísima, mientras hacíamos las comidas en el Hotel. Magnífico acuerdo, pues disfrutamos de la cocina excelente y del reposo que en el hotel lleno de turistas era imposible. Para la casa de Burguete conservamos un recuerdo muy grato y seguramente volveremos a ella algún día.

A un kilómetro de Burguete está Roncesvalles. ¡Cuánto le debemos a la literatura para apreciar debidamente las cosas, y más aún los paisajes! Porque Roncesvalles es Roldán y su Canción. Roncesvalles, abrupto, magnífico, cuajado de bosques, tremendamente viril, es "la Chanson de Roland", Carlomagno, y una gloriosa epopeya de ver-

## POR LAS VIEJAS TIERRAS DE ESPAÑA N A V A R R A

sos repletos de imágenes tiernas y brilladoras.

En el Pico de la Ibañeta, a mil metros y mucho pico, se goza de una visión amplísima y cruzada de vientos que con sus alatazos rompen las ligaduras que aún nos retienen con el suelo recién abandonado. La Virgen de Roncesvalles, en una piedra grabada sencillamente, os pide su *Salve* para que se la recéis mientras la memoria os canta *Rolando, Rolando, Rolando...* Ella, según las crónicas intervino también en la batalla en que el pobre joven tan amado de Carlomagno encontró la muerte. Y nos da lástima. ¿Cómo se atreverían aquellos hombres a meterse en el desfiladero de Roncesvalles? Debieron engañarlos.

De Burguete y de la Ibañeta nos lanzamos, desfiladero abajo, hacia Valcarlos, la frontera. Navarra es magnífica, espléndidamente hermosa; sus carreteras son impecables, sus frondas son asombrosas, sus productos de primera calidad, sus gentes serias y cumplidoras. Una se traía sus prejuicios históricos, ¿por qué negarlo?, pero la naturaleza les echó abajo... Entre las frondas montañosas pirenaicas, tan espesas y profundas como una tradición milenaria, la carretera avanza, serpea, se hunde y se levanta afirmando una conquista civilizadora, humana. La carretera asegura, penetrantemente, la presencia del hombre en la memoria de los hombres; porque por ella, incabable, llega todo cuanto se ha ido con-

**RECUERDE U.D.**

**El Hogar**



**LA SUPER CERA**

**QUE LIMPIA  
DA COLOR  
ENCERA Y  
DESINFECTA  
SUS PISOS.**

**CLINICA  
DENTAL  
YAGUARON**

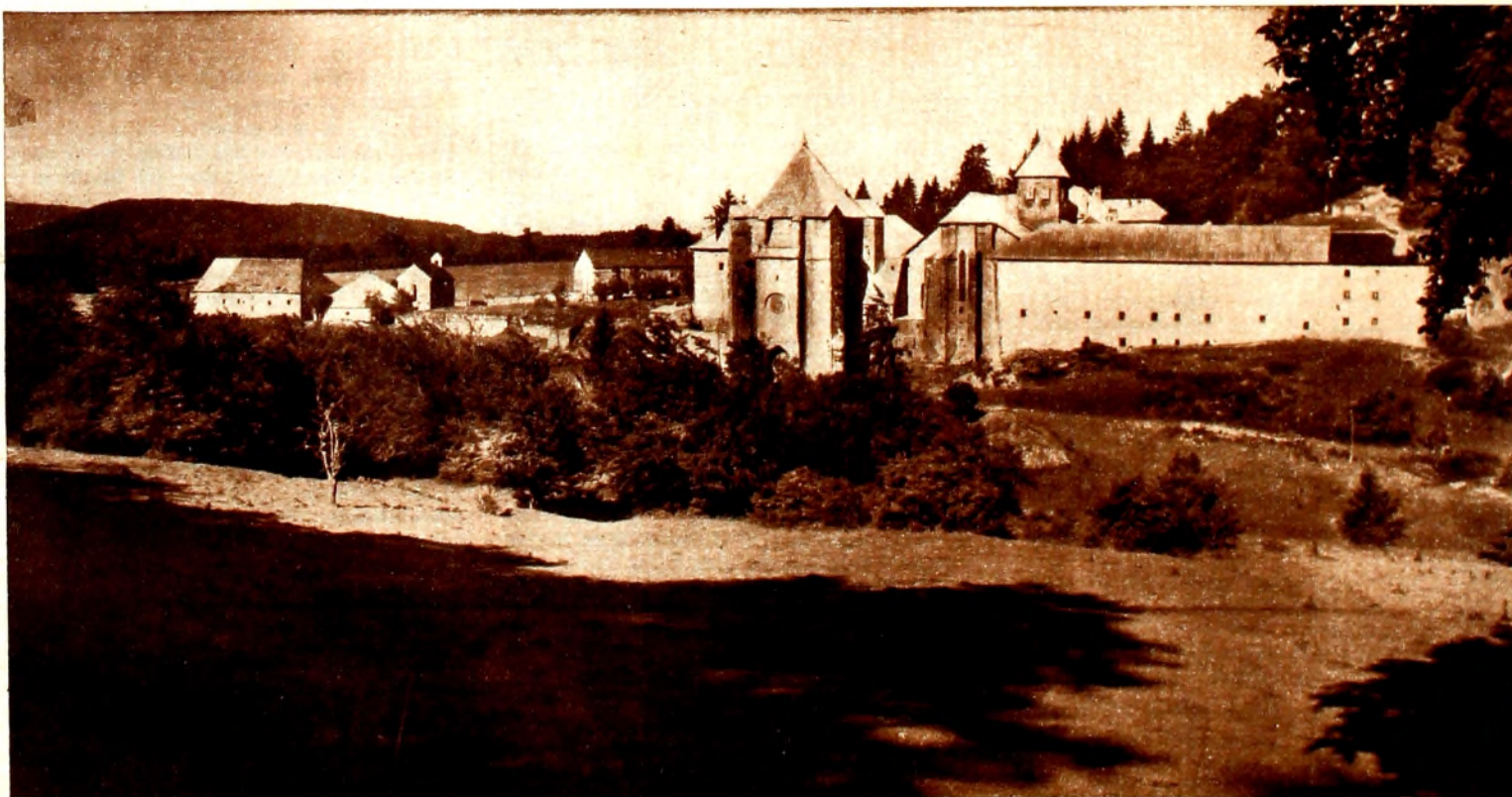


**PROTESIS INMEDIATA  
TODOS LOS DIAS DE  
8 a 21 HORAS.**

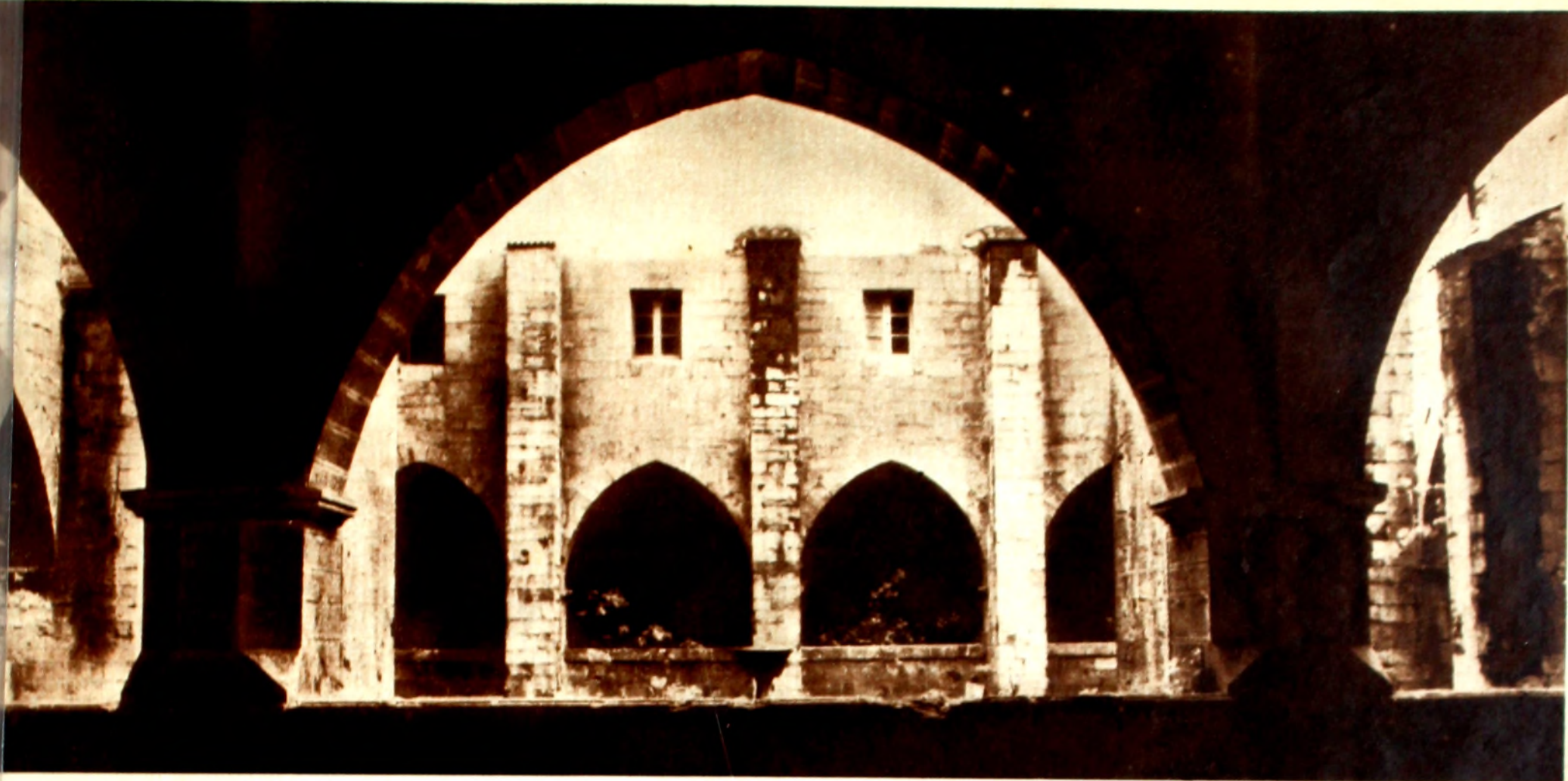
**HORARIO CONTINUADO**

**Yaguarón 1533  
(A mitad de cuadra)**

**CASI PAYSANDU**



Roncesvalles. — Colegiata, vista general y abside.



Roncesvalles. — Claustro.

quistando a través de los siglos: luz, teléfono, automóviles, correo, periódicos, bebidas nuevas y refrescantes... refinamientos, en suma, propios ya de la edad actual de los pueblos, por perdidos que estén en la geografía del país. Las piedras aseguran un tiempo inmortal — estamos en Roncesvalles! — y dejan en el ánimo la impresión de que nada ha variado nunca. Si no fuera por el elemental surtidor de gasolina, por la radio, por el satélite que pasará esta noche, a las 23 y 15 por encima de la Ibañeta, pensaríamos que acaba de esculpirse la Virgencita de Roncesvalles en el Puerto, y que la *Salve* que se nos pide que le recemos acaba de crearse para ella.

Los Pirineos navarros no son tan imponentes como los aragoneses y catalanes, pero su hermosura es pareja a la de aquellos. Una feracidad vegetal corona su arrogancia, puebla sus valles casi líquidos, y deja que el viento y las nieblas acumulen sobre el bronco latir de su altura cendales húmedos y desorientadores. Si no fuera por la carretera... La carretera une a unos pueblos con otros y realiza el prodigio del paso del

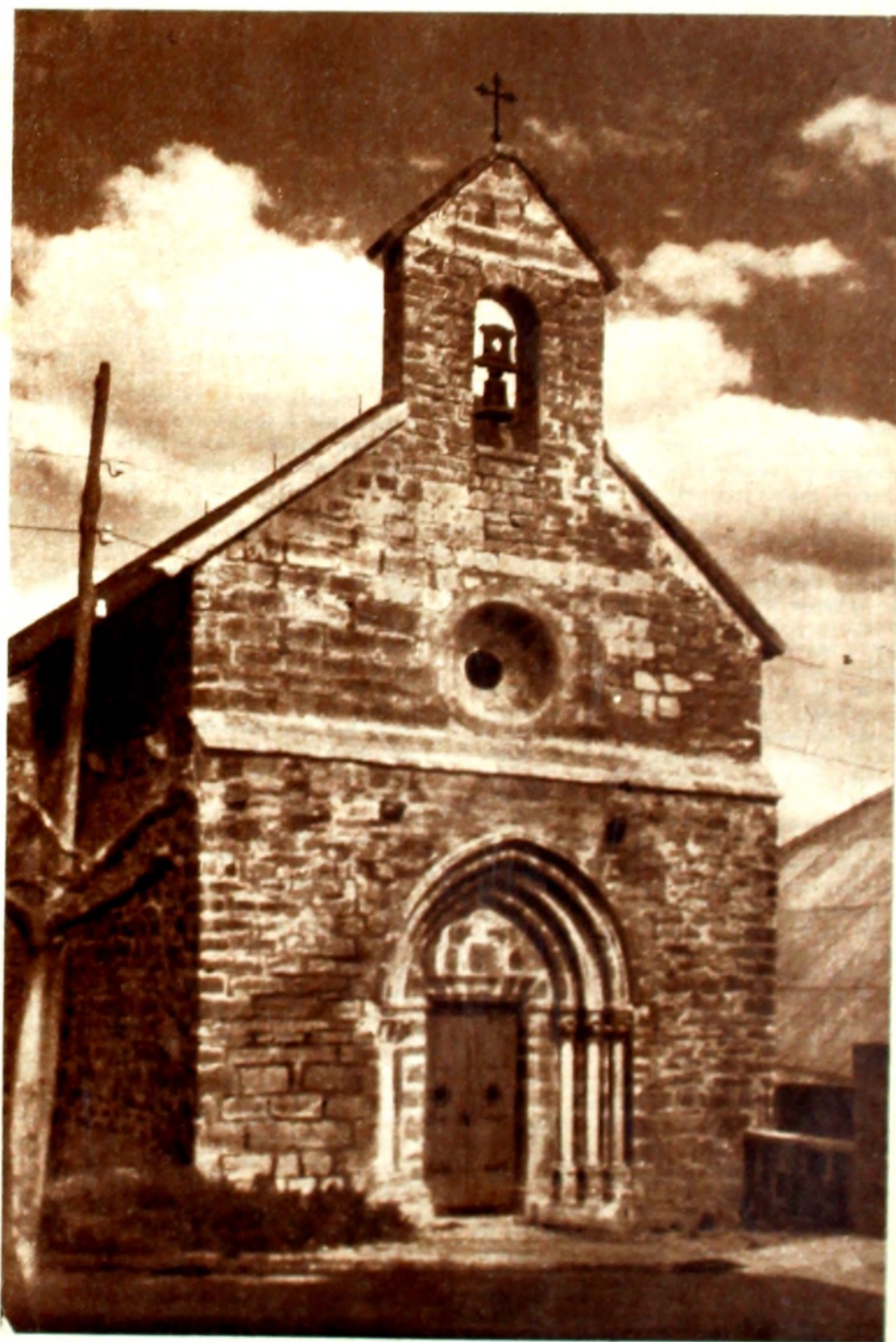
hombre entre los macizos montañosos. Pueblos limpios, adornados de flores; alegres sus casas con ventanas y puertas pintadas de rojo brillante; las cunetas, limpias a su vez, aptas para que las aguas corran sin interceptar el paso por la carretera.

Navarra, cargada de recuerdos imperecederos, sorprende con su elástica adaptación al ambiente moderno. La literatura y la historia nos amenazaban con una especie de intransigencia social que, ya, no responde a la realidad en que vivimos.

Deteniéndonos un momento en Roncesvalles ante la Iglesia que recibía a los peregrinos hacia Santiago de Compostela, aún es posible pensar que suben, cantando sus plegarias, por el desfiladero, — que coronarán el puerto dentro de unas horas, y que luego se reunirán, a la redonda, al amor de los leños encendidos en los anchos y nobles hogares de Burguete...

Carmen CONDE

(Especial para EL DIA)



Roncesvalles. — Iglesia de los Peregrinos de Santiago.



Roncesvalles. — Desfiladero.

# LA GALLERIA NACIONAL DE WASHINGTON

el prestigio nacionales. Claro que fijaba condiciones; pero ellas afirmaban, todavía, el carácter generoso de la entrega. El museo no debía llevar su nombre y no se podría, por ninguna circunstancia, aceptar colecciones u obras de arte con el mismo destino, si ellas no alcanzaban el nivel impuesto en la serie inicial; tampoco se debía mantener reunida una colección si ingresaba al acervo de la Galería, ya que el mantenimiento de un conjunto dentro del total podía hacer perder la unidad necesaria, la función más amplia y justa del Museo.

Al año siguiente, el Congreso acepta la donación y deja constancia de su agradecimiento. Nuevas entregas fueron enriqueciendo aquel principio espléndido. Y uno de los conservadores de la Galería Nacional, aceptando mi entusiasmo por la calidad lograda, pudo afirmar: "De todos modos, no se ha comprado nunca una pintura; no pensamos, tampoco, adquirirlas en el futuro; y seguirá engrandeciéndose".

Samuel H. Kress, que inició sus adquisiciones de arte en 1925 y que había logrado constituir a los pocos años, la colección



Sr. Chester Dale, director de la Galería Nacional de Arte, de Washington. Puede verse al fondo, obras de Van Gogh, Lurcat.

ES difícil que existan grandes Museos por acto de voluntad de un Estado o por simple resolución comunal. No se pueden crear colecciones allí donde no existen y al fin resulta normal que los poderes públicos, aun en el caso de que sean excelentes, y hasta por serlo, tienen que preocuparse y atender juiciosamente a tantas diversas cosas urgentes que terminan por dejar de lado esa otra ocupación que siempre estuvo reservada al particular. La situación resulta más crítica cuando no se ocupan, siquiera, de defender el patrimonio artístico y administrar con la largueza necesaria, a lo que si están obligados cualquiera sea su condición. Pero esto nos llevaría a hablar de casos particulares y cercanos; no es el tema. Los Museos fueron organizados con la base de grandes colecciones personales. Se siguen enriqueciendo por compras, canje y donaciones. El papel se obvia con la actividad y al fin, los jerarcas políticos ocupan su lugar cuando dejan actuar a quienes saben. La idea es seleccionar a los dirigentes, apoyar su actividad orientada y fomentar la buena ingerencia del particular en la empresa que a todos importa.

En los Estados Unidos, como en todos los países americanos, falta tradición, la coherente base realizadora que construye el gran patrimonio artístico. Pero esto se pudo obviar en pocos años. La intensidad suplió al tiempo. Y, por supuesto, contaron los medios económicos y la oportunidad. Pero es que sin medios económicos sólidos tampoco se pueden hacer museos. Por fortuna para aquel país, esa posibilidad estuvo en manos —las más de las veces— de personas competentes o que, no siéndolo, supieron asesorarse.

Fue así como en 1945 ya se contaban docientos veinte y siete galerías públicas de arte en los distintos Estados; el número creció todavía, hasta hoy. Importa recordar que no son almonedas de nuevos ricos, sino instituciones seriamente organizadas donde se atesoran algunas de las piezas capitales del arte universal; son, además en su mayor parte, privadas y, cuando existe apoyo

comunal, la ingerencia directa de los ciudadanos en su mantenimiento y sostén constituye el rubro principal para su existencia.

La historia de la Galería Nacional de Washington es aleccionadora; por su juventud pero también porque puede tener a orgullo presentarse como una de las colecciones de pintura de más alto nivel en el mundo y ser la organización más competente y seria entre todas sus similares.

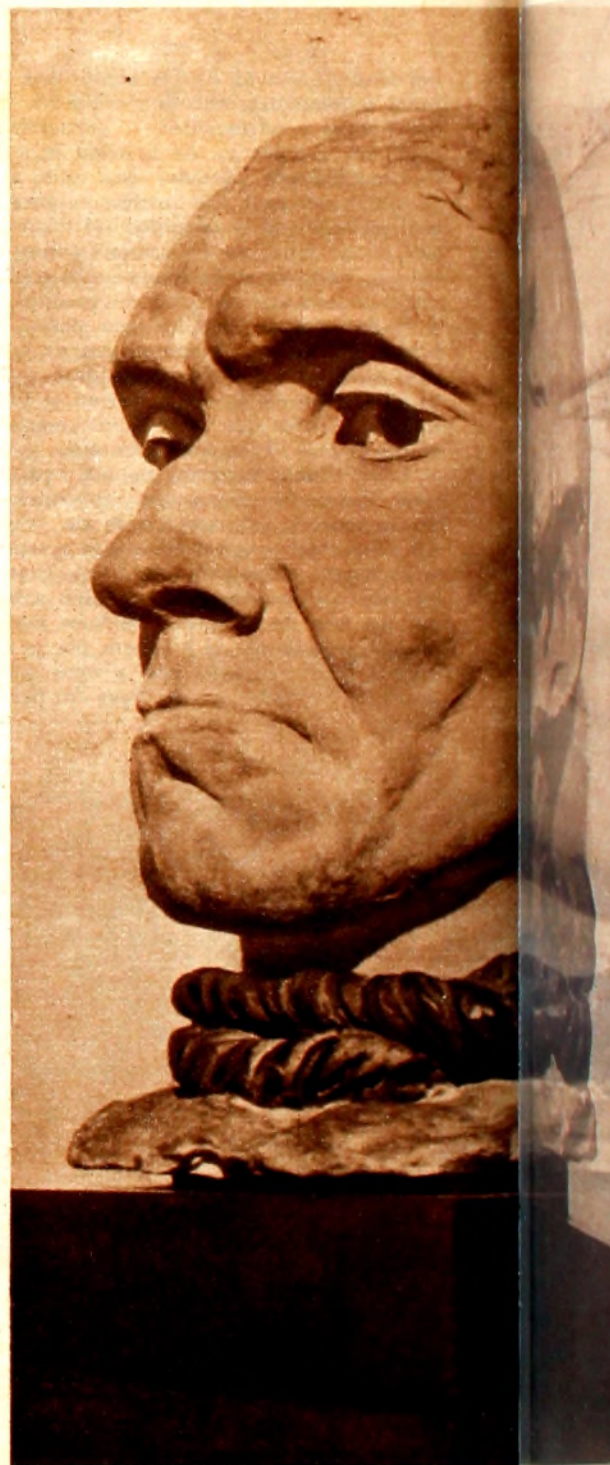
A mediados del siglo XIX ya estaba fundada en Washington la Smithsonian Institution, dedicada al estudio, divulgación y análisis de las ciencias y, parcialmente a la difusión del arte, pero en tono muy menor, hasta que pasó a integrar sus colecciones, la de Freer, en 1904. Su base original fue una donación de 550.000 dólares por parte del inglés James Smithson. Algún tiempo después, en 1865, la actividad particular había de crear, en aquella ciudad, la Galería Corcoran.

Pero el año 1851 era, también, el año de la técnica, de la industria. La gran exposición de Londres acababa de confirmar la capacidad realizadora del hombre y dar el más amplio vuelo a su confianza. Fue entonces que F. W. Smith, científico y comerciante, concibió la idea de hacer una exposición permanente que compendiasse la gran hazaña del hombre a través de la historia y por el arte. Se podían construir maquetas a escala real de todos los grandes edificios y monumentos que por el mundo había esparcidos y juntarlos en una colosal ciudad donde el tiempo y el espacio hubieran perdido entidad real, para ganar como sustento del conocimiento y el regocijo. Cuando, en 1891, se publica el "Prospectus of a Design for National Galleries of History and Art" y se sitúa la tremenda ciudad en el Distrito de Columbia, su realización pareció inminente. La idea había cuajado y tenía sus adeptos. La situación fue crítica, pues se creyó válido sustituir el artificio por el arte y enfatizar el documento lógico en desmedro de la forma estética.

Pero nació en seguida otro proyecto, por el que la nación misma debía adquirir una colección de obras de arte a nivel mundial y crear el museo que el país requería. Era, también, un caso de prestigio. Pero no olvidemos que, si por el prestigio se disparata mucho, se pone tanto en riesgo y tanto se destruye, es por su sostén o para su engrandecimiento que muchas buenas realidades quedan.

Claro: la propuesta tenía defectos por su planteo mismo. Había siempre otros problemas que atender por parte del Estado. Lo importante, desechar el plan de Smith, estaba hecho. Hubo que esperar hasta 1923 a fin de que se creara por decreto la Galería Nacional, se reservara un predio para su construcción en el Mall, esa espina dorsal del trazado urbanístico de L'Enfant en Washington y se nombrara una Comisión Especial. Esta comisión, empeñosa, reunió 10.000 dólares. Todo quedaba en el papel y en la comisión. Conocemos la historia, pues aquí no hemos superado esa etapa; tampoco colocándonos a nuestra pequeña escala ya que el ejemplo, con todo su alcance no habrá de ser seguido por razones obvias.

El Presidente Roosevelt recibió, en 1936, una carta firmada por el Sr. Andrew W. Mellon, en la que éste daba cuenta de la formación de su colección artística personal. Desde 1882, él y su amigo Henry Frick Clay, habían iniciado una metódica y severa selección de originales de la gran pintura y escultura universales. Para Mellon las directivas de adquisición fueron siempre muy claras: cada obra debía tener un alto y significativo grado de belleza, ser francamente característica de su autor, poseer antecedentes probados y una conservación perfecta. Esa serie, así reunida, era ofrecida por la misma carta, para constituir la primera base del Museo Nacional; también donaba el edificio, que costaría quince millones de dólares y más una suma de cinco millones para gastos de conservación. Quería, así, dar un ejemplo que, a su juicio, debía ser seguido por otros ciudadanos tan celosos como él por la cultura y



"Cabeza", detalle de la obra "Los burgueses" de la Galería Nacional de Arte.

# LA GALERIA NACIONAL DE WASHINGTON D. C.

... importante de los Estados Unidos... donaciones a otros museos... seiscientas obras a la Galería... no solo mantuvieron ellas el... ayudaron, alguna vez, a le... los Widener, padre e hijo... Dale, Rosenwald, entre los que... una escala similar y otros en to... comparativamente.

... Galería Nacional de Washington pue... ejemplificar las más señaladas etar... historia de la pintura con obras... puede acompañarla con algu... (El David de Casa Martelli... dibujos, grabados (cinco... de la estampa reunidos), ta... cerámicas, bronce, cristal, algo de arte oriental y ameri... indiano. Los italianos ocupan el... mayor; hay treinta y seis salas... con los primitivos y siguen... rectoría hasta los últimos gran... con una de las partes de la... con una de las pocas pin... que en el mundo pueden... los contadísimos Giorgiones



Fachada de la parte central del Museo Nacional de Arte, de Washington, donado al pueblo americano por el famoso financiero, filántropo y Secretario de Estado, Andrew W. Mellon.



... del gran Rodin, en el Museo de Washington.

realmente documentados y cuanto nombre se estime. La serie española es menor en cantidad, pero tiene, entre otras obras, el Laocoonte del Greco y el boceto para el retrato de Inocencio X por Velázquez. Entre los alemanes, Dürero; un Van Eyck con los flamencos. La serie holandesa es, todavía, más amplia y completa. Como la inglesa y la francesa que llega hasta los más importantes post impresionistas.

Entre las previsiones de Mellon estaba la de precaverse contra las alternativas del juicio y los cambios o exageraciones de la estimativa; así, dispuso que ninguna pintura debía ingresar al Museo si su autor no había muerto veinte años antes por lo menos. Entendió que era tiempo suficiente para confirmar valores. Esto impediría la presencia de Matisse, que falleció recién o de Picasso que todavía vive. Pero la galería cuenta con ellos y con otros más, completando el ciclo; están en carácter de depósito temporario. El tiempo dirá si quedan incorporados definitivamente.

Aunque las obras son numerosas y, por su jerarquía, la excitación del aficionado es mucha, la Galería Nacional no resulta una institución agobiadora. Cuenta para ello, la correcta y serena distribución de ambientes, la espaciada exhibición de las piezas; la buena alternancia de ambientes dedicados a la pintura con otros, más serenos y sobrios, con pocas estatuas. Pero también la amplitud de los espacios de circulación, la presencia del jardín en el interior de la arquitectura, los sitios de estar, donde el visitante puede lograr la pausa fumando, escribiendo o simplemente charlando. Y la cafetería, correctamente organizada.

Se trata de un museo apacible, que no cansa al visitante, en el que se pasan sin esfuerzo, más de dos horas; pero también, de una institución viva, dedicada a la actividad, a integrarse a inquietudes públicas y a la extensión cultural.

El programa de actos es regular e intenso. Hay conferencias de divulgación y otras especializadas; pero también se en-

vían algunas disertaciones grabadas o escritas, con sus correspondientes ilustraciones gráficas de transparencias, a las instituciones docentes culturales que las solicitan. Todos los días a horas fijadas, uno de los profesores estables dirige una visita pública a la colección completa, orientando al público para la mejor observación de las obras. A otras horas, se hace una recorrida especial por sectores. Y todas las semanas se distingue una escultura o pintura y delante de ella, mañana y tarde, se congrega a los interesados para una exposición de 10 minutos, seguida por preguntas o debate libre. Esto ocurre con orden y aparte de las visitas especiales de escolares o liceales que fijan cita previamente y son atendidas en la finalidad que persiguen. Los domingos, el museo se cierra a la hora 22; y ese día se da un concierto en uno de los jardines.

El interés se acrecienta, todavía, por las exposiciones temporarias. Y para el visitante que se desentienda de ese programa, están las claras fichas de cada obra y hojas sueltas con la explicación metódica de lo que cada ambiente contiene, aparte de los catálogos y de las reproducciones que pueden adquirirse en las salas de ventas. Aparte están, todavía, las secciones de estudio.

El edificio sigue la línea neoclásica que está impuesta para toda construcción de carácter público en los Estados Unidos y acata, para este caso, el perfil estético dominante en la ciudad de Washington. De todos modos, la estructura es dinámica. No sólo se previó la ampliación indefinida del museo sino su posible cambio permanente. Aunque las noventa salas habilitadas del primer piso, presentan una severa estabilidad, los tabiques pueden desplazarse y lograr otra disposición, otra dimensión relativa, si el orden de exhibición lo exige. Este es el secreto de que se presenten tan ajustados al plan y a las existencias.

La masa general se puede comparar con la del Prado de Madrid. La disposición de

materiales se cuidó hasta el detalle. Pero la sobriedad es tanta y tan discreta la exigencia estética, que difícilmente se sospecha que en la superficie rosada de las fachadas hay siete tonalidades y veinte y seis tonos intermedios juiciosamente ordenados, ni que la iluminación de los casetones de la cúpula de la rotunda costó semanas de desvelos y experiencias al arquitecto.

Claro que, además, hay conciencia acabada de lo que ese valor artístico representa. Que se cuida y conserva con celo. Los depósitos son ejemplares. La instalación de aire acondicionado, perfecta. Y la iluminación, la más justa y apropiada para sus fines.

El elogio resulta fácil, pues es consecuencia de la pura descripción y del conocimiento de su historia. Pero no se habla de las cosas buenas por el placer de hacerlo o por arrimar entusiasmo a la justicia. Importa conocerlas, sí; y aprender.

Insisto que se trata de una hazaña en escala excepcional e irrepetible. El ejemplo está en la juventud de esa hazaña y en su vitalidad. Es la vigencia de su organización, el destino clarísimo y firmemente orientado de su actividad, lo que importa. Y todo lo que, en el aspecto técnico y en el sistema de exhibición ha sido experimentado y aprobado.

No se puede pensar en museos si no existe la conciencia pública de su necesidad y la colaboración necesaria del particular. No hay manera de enfocar el problema del museo si no se lo habilita en el orden más vivaz, más amplio y directo, más extendido y cabalmente jerarquizado. El museo es un aporte; debe establecerse en la medida de nuestra realidad humana, para seres de hoy, que serán su gente, su razón de ser. La solemnidad no está reñida con la vigencia; y en último término, la solemnidad resulta prescindible.

F. GARCÍA ESTEBAN

(Especial para EL DIA)



"Techos". Oleo de Alvarez.

## "JORNADAS DE CULTURA"

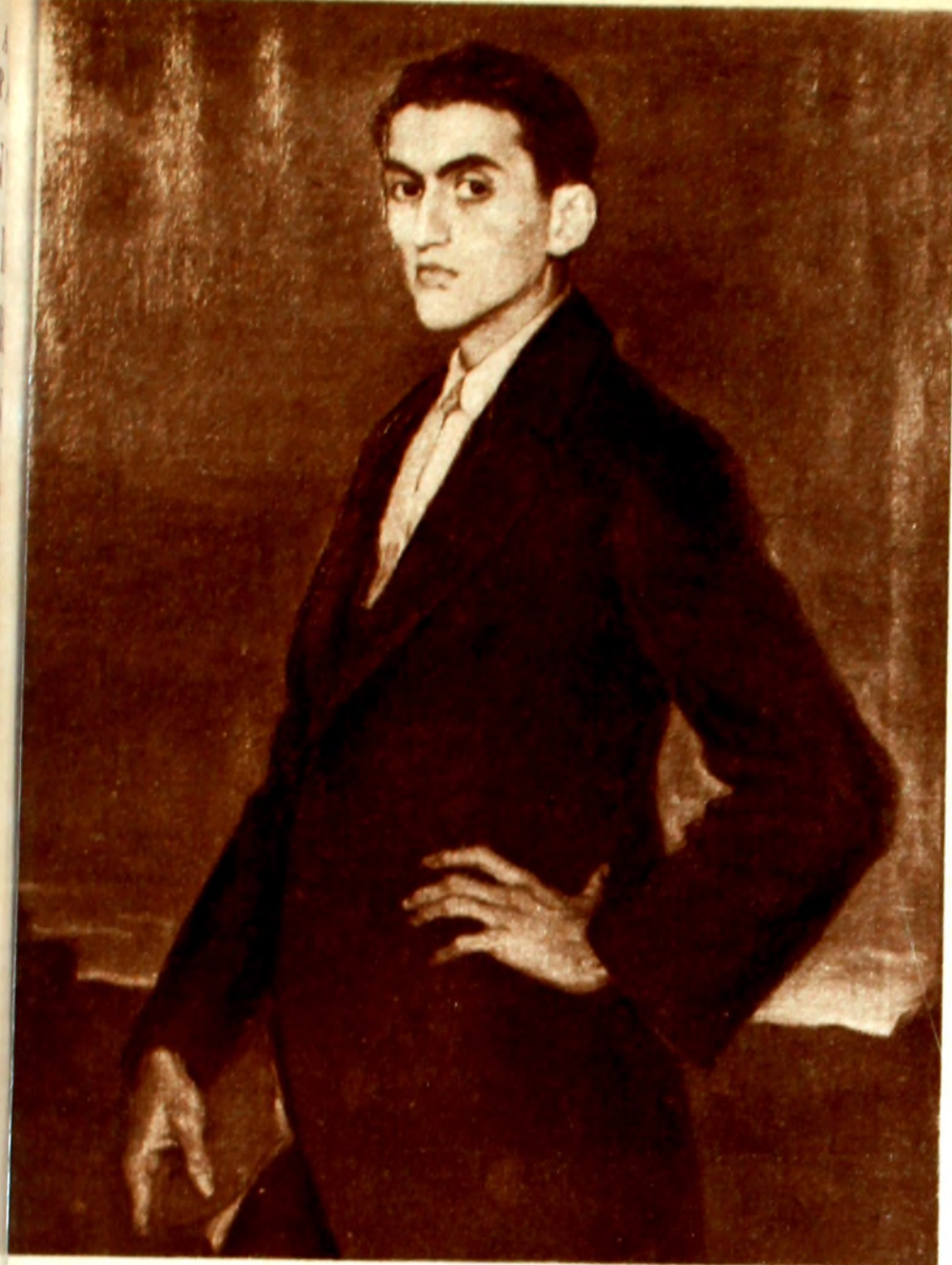
# CINCUENTA AÑOS DE PINTURA CHILENA

COMO uno de los actos organizados para festejar el sesquicentenario de la independencia de Chile, el Instituto Cultural Uruguayo - Chileno, organizó la exposición "50 años de pintura", que se exhibe en la actualidad, en las galerías del Centro de Artes y Letras de la Plaza Cagancha. Este simpático envío, que proporciona al visitante la oportunidad de apreciar algunos de los aspectos de la evolución pictórica del país hermano, no llega a conformar una realidad que pueda plantearnos con fundamento, la obra realizada por los grandes artistas chilenos y menos aún, una clara demostración del proceso llevado o sufrido por dicho arte hasta nuestros días. En realidad, la muestra posee algunas telas de singulares valores que van desde el naturalismo integral, pasando por una inquietud impresionista, y evolucionando hacia las subjetivas formas de sub-realismo, y posarse en las últimas tendencias rítmicas de corte abstracto. Puede en cambio formarse idea del grabado, a través de algunas piezas de marcados valores, tanto en aguafuerte como en xilografía, y destacarse en estas piezas, no sólo un oficio de firme contenido y recursos positivos, sino que se extienden a su faceta expresiva, con cierta dosis de originalidad y pausa, que revela una concepción clara del factor calidad, la que se hace presente en las planchas de fina línea y puro dibujo, con caracteres que



"Cabeza". Grabado de Hermosilla.

COMO uno de los actos organizados para celebrar el sesenta aniversario de la independencia de Chile, el Instituto de Cultura y Artes, organizó la exposición "Cinco Años de Pintura Chilena", que se inaugura el día 15 de mayo en el Museo de Bellas Artes. La exposición, que se prolonga hasta el 15 de junio, ofrece al público una audaz y original selección de obras de los pintores chilenos de los últimos cinco años. La muestra, que se divide en tres secciones, presenta una gran variedad de estilos y temas. En la primera sección, se exhiben obras de los pintores más jóvenes, que muestran una gran libertad de expresión y una fuerte influencia del expresionismo. En la segunda sección, se exhiben obras de los pintores de mediana edad, que muestran una mayor madurez técnica y una mayor conciencia de la tradición pictórica chilena. En la tercera sección, se exhiben obras de los pintores más veteranos, que muestran una gran experiencia y una gran maestría en el uso del color y la línea. La exposición es una excelente oportunidad para conocer el estado actual de la pintura chilena y para apreciar el talento de los artistas que la conforman.



"Retrato". Oleo de Moya.



"Retrato". Oleo de Valenzuela.

concentran las diversas virtudes personales que alientan a cada artista. En la pintura, el cambio, la inquietud y la búsqueda renovadora se presenta lenta y vaga, sin el apoyo de concretos valores y asomando tímidamente una audacia contenida y no de esas emancipadas realidades plásticas. Comiéncese entonces por mostrarnos un retrato de Valenzuela, bien pintado, que tiene su más gran virtud en el destacar el fondo casi totalmente blanco, una de las figuras antiguas como pintara nuestro Balmori, sin llegar desde luego ni por asomo a aquella facultad de estilo que poseía nuestro pintor. El mismo artista incide en el expresionismo, en un paisaje que titula "El labrador", diestro en el manejo del pincel y bien expuesto el problema de la luz; modulado el color con momentos de fina captación cromática. Le sigue un retrato de Francisco González, con una cabeza de compacta factura. Una cabeza "masada" en su fino juego de matices, nos deslumbra, nos guardan el recuerdo de estudios en Gordon y Bertrix, este último fundiendo el color con oficio y logrando las tonaciones en una paleta justa. Entre ellos, el clásico cuadro del 800 de paleta baja, "Violinista" de Costa, y un retrato de Montecino, quizás el más fino en estilo. Ya entramos en una más clara libertad de expresión, en el cuadro "Rastros" de Vila, una mancha que es pintura, y la quemante escena del puerto de Marsella, de Luna, bien esbozada y mejor llevada en sus ágiles puntos de contacto referentes al acento del dibujo, al total del empaste. En otra forma, podemos ubicar una naturaleza muerta de Pedroza, en un cuadro de ejecución más desordenada, pero con la oposición del color primario y secundario, sostenido por blancos, es el de Serapio Montecino "Figuras", muy suelto, pero al mismo tiempo con la compenetración debida, que le da profundidad y solidez de cuadro completo. En los "Techos" de Alvarez, se advierte ya una sólida pasta dentro de un concepto más plástico o mejor, más pictórico, lo que crea ya al llegar a la naturaleza muerta de Roa, el principio de su-

realismo de que hablamos, y que ya en "Macumba", de De la Fuente, cuenta con una disposición de espacios regidos por medida. Sin embargo, esta pieza no concita todo el interés y el poder que debe gravitar por su motivo dinámico, y se mantiene con aciertos y trozos débiles, sin llegar a trasuntar un valioso aporte. "Roquería del Tabo", cuadro impresionista de L. de Guevara, completa el envío de esta tendencia. De entonces puede pasarse ya al vuelco depurativo en el que las tendencias de avanzada como en toda muestra colectiva, lucen con el mismo aspecto; sin lograr alguna faz de originalidad que le destaque, sino que se advierte el problema ya trillado de ritmos, de trazos o espacios determinados, que componen el cuadro sin temario alguno y dejados a la valorización del color como único elemento y primordial factor expresivo. De esta serie que no luce ni la fuerza ni el ingenio de solución que requiere en su faceta limitada, podríamos destacar la tela "Pintura" de Puyo, obra de ritmos verticales y sobre todo, por su armonía cromática, el titulado "Ultimo Paisaje" de Mori, llevado en una escala de rosados. Dejamos establecido en principio, que el grabado contaba con piezas de indudable técnica y sentido de la expresión. El autorretrato de Hermosilla conjuga virtudes de soltura y calidades en la línea, y además está esgrimido el oficio como un medio dentro del carácter estricto de la agua-fuerte. De este oficio, el grabador ha sacado una parte extensa en recursos que no aparecen con el lucimiento de una sensación vacía, sino que aún dentro del aparente virtuosismo, limita sus cualidades a lo expresamente necesario. Este mismo concepto puede agregarse a sus otras piezas como "Idilio", al que llega ya en un estilizado de composición de notable acento intenso. Destacaríamos "Letania" de Fuenzalida, firme trabajo, y la cabeza expresiva de "Adolescente" de Dondtchitzky. La sólida idea de Bru, por sus grises, y el contraste de planos extendiéndose a Espinosa en sus agua-fuertes, deformes los motivos en un temario dinámico pero que po-

see una libertad de recursos que le asignan buen caudal de conocimientos. Puede catalogarse de buena toda la colección de grabados, y si los tipos característicos ayudan sin duda a "sacar" obras de fuerza por los rasgos, no es menos cierto que también se anotan fineza de líneas y un buen as-

pecto técnico que defiende sin trabas un arte que llamado menor, enriquece aquí la exposición que nos envía Chile en una fraterna misión.

Eduardo VERNAZZA  
(Especial para EL DIA).



"Puerto de Marsella". Oleo de Luna.

**F**RIJO. El campo estaba cubierto de grandes espejos en los que golpeaba la lluvia hacia tres días. Los horizontes desaparecidos...

Son las cuatro de la tarde. Los peones toman café en el galpón, rodeando un brasero estallante. De la cocina llegaron tortas fritas. La perrada anunció novedades. En la entrada se apeó Eduviges Sosa y entró con el caballo de tiro. Chorreaban los dos. Al desensillar apartó sus maletas de las que sacó una carta que entregó al peón Floricio Camejo, diciéndole:

—Llegué al rancho de Ño Balduino. Elvira me dio esa carta...

Floricio abrió el sobre, desdobló el papel rosado y comenzó a leer poniendo lo escrito contra el fuego. Un momento después murmuró:

—¡Gran pucha!...

Su barbilla pegó contra el pecho. Y otra vez se sintió más velado, sordamente:

—¡Gran pucha!...

Y no pasó un minuto que el hombre empezó a gemir. Por cada ¡ay!, de los ojos le corrían como saliendo de canalones, dos goteras. Uno habló entre la rueda pasmada:

—¡Pero qué le pasa hermano!

—¡Ay! ¡Elvira me ha dejao por Rosendo Bica! ¡Ay!

Y en ese son siguió un rato. Hasta que consiguieron sosegarlo algo. Entonces se dirigió a don Fidel Arruda, hombre viejo que hacía años vivía en la estancia, entre capataz y casero.

—¿Qué le parece esta fechoría, don Fidel?

Don Fidel se acomodó en el banquito —sobre el que había puesto un cuero— y habló:

—No estoy facultao, Floricio, me parece pa poner cartabón en tus asuntos. Lo que te viá decir es que si te vieras llorando y quisieras entrar a ser rico, al poco de trotar nomás ya parabas rodeo y arriabas majadas que ni el portugués Coimbra: ¿Sabés cómo? Curando el hipo.

Se hizo un silencio angustioso pues Floricio —que era redondo— podía repuntar fiero. Pero éste siguió como estaba, lo mismo que el silencio. Entonces don Fidel continuó:

—Esto del hipo, que soslayando dije aura, me ha tráido a la memoria algo que, por estar lloviendo y nosotros al fudo, les viá relatar.

El silencio pareció ahondarse porque don Fidel siempre fue viviente de frase cortada, menos cuando le daba por mirar seguido las estrellas con el gollete de un

frasco a flor de boca.

—Allá por el setenta, más o menos, fui milico en la caballería que mandaba el co-

Froilán avanzó dos pasos y se le cuadró como todos. Y empezó sus macacadas y charmuchina, hasta que le acomodó un plan-

los dos eran patriotas hasta el cerno. Güeno, la cosa siguió como antes, el máistro tuvo que dirse, no sé si alguna habrá qu-

dao lagrimiendo en el pueblo...

Se acomodó el pecho don Fidel, pues el tirón había sido firme. Hizo un cigarro, dio dos o tres chupadas y siguió:

—Viá pasar a lo del hipo que jué el m-

tivo de este rosario. Una ocasión le tocó hacer guardia a Froilán: veinte y cuatro horas junto con el teniente Baldomero Benítez y el sargento Cruz Cardona. Muy bien. El indio, al entrar a cumplir escondió un quilo de gofio, un quilo de azúcar, y dos litros de vino. A mí también me tocó la guardia. Le pregunté qué era aquello. Me contestó refunfuñando que era una receta de Ña Candela (una curandera superior que teníamos) pal frío y pal aburrimiento. Yo vide que en cualquier repeluz que el indio pegaba mesturaba en un jarro gofio, azúcar y vino. Y se lo enjaretaba muy orondamente. No pasaron tres horas y le comenzó el hipo. Y ya se desnortió. Y ya se sentó. Y ya se estiró. El teniente lo mandó acostarse. A las cinco o seis horas lo juimos a ver y lo encontramos en un salto, ajueira los ojos y sin habla. Le pelamos la chaqueta, le fregamos la panza, lo hicimos tragar ginebra; y el indio seguía repicando el hipo. Y pasaron veinte y tres horas y se venía la veinte y cuatro, y la guardia estaba alborotada, y el teniente con un jabón de padre y señor nuestro, junto con el sargento, pues el indio imponía respeto. Y asina entregó el rosquete. No hubo más remedio que dársele a la mayoría y dar el parte. Al cuarto ande lo habían llevao llegó el jefe. Y allí comenzó a arder el pajonal. Que como empezó la cosa que porqué, y que cuándo...

—Este indio —vociferaba el coronel— se ría redondo y espinoso como nazarena; pero era soldao legal, derecho, y guapo. Jué asistente mío dende la invasión de Timoteo y yo le debía más a él que él a mí. Me supo ensillar caballo, me supo cebarme mate, me lavó los mulambos y me cocinó. Pero lo primero y prencipal jué que me sacó en ancas de un pororó de lanza, bolidora y bala en que salimos con más sil-

tes en el cuero que los que tiene el billar del gringo Pitaluga. ¡A ver, teniente! ¿qué murió el soldao Froilán? El teniente estaba como ternero recién parido. Contó:

—¡Yo carculo que jué del hipo, mi coronel! —A ver, sargento! ¿de qué murió el soldao Froilán? —¡Yo colijo que jué del gofio, mi coronel! —¡No quiero calcularlos ni colijos, la nota que se va a pasar al ministro tiene que ser clara y sin tuitos y pujos! Y la cosa se jué poniendo ovejuna hasta llegar a negra porque al teniente al sargento les dio por emperarse y aflojar. Güeno, tenían razón: ya estaban metidos hasta el cogote y con el coronel por delante al que cada vez que le miraban la pera se les encogía la yel. Temblamos bamos tuitos porque ya véiamos al oficial y al otro con los ojos tapanos y el piquetapi apuntándose. En eso saltó el negro Serapio Balladares, a quien le decían Babuino, no, porque parecía de la cría de ese cho. Y dijo, perfilándose: —Con su permiso, mi coronel, si es que usía lo comode. —Era un negro crudo pero lustrao como charol. —¡Habla! —Yo estaba tan bien de guardia, mi coronel. El soldao Froilán, que supo ser su asistente en las guarnas y en las malas, murió del hipo que me dio el gofio. Es eso talcualmente lo que pasó, sin ponerle pelos y verrugas. —El coronel se levantó. —Con las palabras este negro —dijo— se va a redactar una nota. —Mandó formar la tropa, cantó la banda lisa. Y el coronel, de a caballo, pidiendo la espada y gritó: —¡Atención! El soldao Serapio Balladares queda graduado de teniente; el teniente Baldomero Benítez bajao a sargento; el sargento Cruz Cardona a soldao raso. ¡Rompan filas!

Dio tres o cuatro pitadas don Fidel mirando fijamente al peón Floricio Camejo, expresó:

—En aquellos tiempos se hacían mal las cosas, dende el sable hasta el por. Pero hoy algunos hombres se moquean por cualquier corcovo de yegua bellaca.

Y siguió lloviendo tres días más.

José MONEGAL

ronel Julián Puentes. Estaba destaco en un pueblo del centro en tres ranchos más largos que semana sin carne. El coronel era hombre alto, delgado, de pelo tieso y pera más tiesa entodavía. Callao y prudente, pero más malo que jinietiar burro en playa. Tenía un asistente llamao Froilán que era contra flor el resto de bruto. Apetizao, parecía que se había cáido, de cintura pa arriba, sobre un arco. Miren, tenía las patas como tiene las manos el perro ñato Obispo, del patrón. Por eso le decían Cincha, porque de lejos, cuando estaba parao, parecía mesmamente una cincha colgada. Por este indio mal hecho cuasi hubo una sin emparde en el cuartel. Sucede que una tarde llegó un breque y de él se tiró un hombre rubio, con una nota pal coronel. Se la mandaba el ministro como máistro pa enseñar sable a oficiales y soldaos. Era un rubio alarife que cuando se enfardaba de militar era más que un general, y cuando se vestía de civil más que un doctor en leyes. El mujererío del pueblo anduvo al retortero por él... hasta que llegó el día que le dio clase al indio Froilán. Sucede que el máistro, que debía tener intenciones piores que aguará con perro, llevaba de a cinco milicos, los aliniaba, y sacándolos de a uno se le ponía al frente y le comenzaba a hablar y a hacer piruetas. Y que esta era una tercera y esta otra una cuarta ¡aprienda! y que esta una segunda ¡méta-selo bien en la cabeza! y cuando menos pensaba el soldao le descargaba el sable que lo soltaba como quemao con zapallo. Y ya gritaba: ¡a ver, otro! Con el indio se le acabó la escuela. Cuando dijo, ¡a ver, otro!

enazo como pa voltiar una mula. Pero cuando ordenó ¡a ver, otro!, el indio le revolvió el sable por sobre los pelos que si no se agacha y se encoje le rebana el mate como melón maduro. Se quiso acomodar y levantó la espada; pero ya iba por el aire el corvo de Froilán y jué espada que salió por los elementos como culebra partida de un palo. Y lo atropelló, pero jué sin resutao porque el máistro le sacó en el primer bote diez pasos, y en el segundo treinta, y en el tercero no se vido. Dentro en la mayoría llevándose tuito por delante, y lo peor que en el todo estaba el coronel escrebiendo. Sentimos el griterio y los vimos salir. —¡Ya me parecía, —bufaba el coronel— que sus terceras y sus cuartas eran como hacer pirón echándole fariña al arroyo! ¡Asina se le enseñará a titulaos, no a milicos! ¡O usté se cree que en una topada como la del Rincón de las Gallinas les van a valer sus terceras y sus segundas? ¡No salen de la primera y el más pinto está ensartao en una lanza como tararira en anzuelo! Al milico no se le enseña asina. ¡A ver, Cincha, vamos a barajar un poco! —A Froilán no le gustaba que lo llamaran por el sobrenombre, ni aunque fuera su jefe. Se vino con el sable enarbolao y prenciparon a sacudirse. ¡Ah, mis hijos! aquello jué como creciente del Río Negro cuando llueve demás en el Brasil. Nos cayó de golpe al cuartel y a nosotros. Recorrieron la plaza de armas, pasaron por el corredor de la puerta, y salieron al campo. ¡Se matan!, gritaban tuitos. Jué entonces que el jefe de la banda —era un pistón calibre cuarenta y cuatro— reunió los músicos. Y se alzó el hino nacional. Allí ajueira se cuadraron el coronel y el indio, pues

los dos eran patriotas hasta el cerno. Güeno, la cosa siguió como antes, el máistro tuvo que dirse, no sé si alguna habrá qu-

dao lagrimiendo en el pueblo...

Se acomodó el pecho don Fidel, pues el tirón había sido firme. Hizo un cigarro, dio dos o tres chupadas y siguió:

—Viá pasar a lo del hipo que jué el m-

tivo de este rosario. Una ocasión le tocó hacer guardia a Froilán: veinte y cuatro horas junto con el teniente Baldomero Benítez y el sargento Cruz Cardona. Muy bien. El indio, al entrar a cumplir escondió un quilo de gofio, un quilo de azúcar, y dos litros de vino. A mí también me tocó la guardia. Le pregunté qué era aquello. Me contestó refunfuñando que era una receta de Ña Candela (una curandera superior que teníamos) pal frío y pal aburrimiento. Yo vide que en cualquier repeluz que el indio pegaba mesturaba en un jarro gofio, azúcar y vino. Y se lo enjaretaba muy orondamente. No pasaron tres horas y le comenzó el hipo. Y ya se desnortió. Y ya se sentó. Y ya se estiró. El teniente lo mandó acostarse. A las cinco o seis horas lo juimos a ver y lo encontramos en un salto, ajueira los ojos y sin habla. Le pelamos la chaqueta, le fregamos la panza, lo hicimos tragar ginebra; y el indio seguía repicando el hipo. Y pasaron veinte y tres horas y se venía la veinte y cuatro, y la guardia estaba alborotada, y el teniente con un jabón de padre y señor nuestro, junto con el sargento, pues el indio imponía respeto. Y asina entregó el rosquete. No hubo más remedio que dársele a la mayoría y dar el parte. Al cuarto ande lo habían llevao llegó el jefe. Y allí comenzó a arder el pajonal. Que como empezó la cosa que porqué, y que cuándo...

—Este indio —vociferaba el coronel— se ría redondo y espinoso como nazarena; pero era soldao legal, derecho, y guapo. Jué asistente mío dende la invasión de Timoteo y yo le debía más a él que él a mí. Me supo ensillar caballo, me supo cebarme mate, me lavó los mulambos y me cocinó. Pero lo primero y prencipal jué que me sacó en ancas de un pororó de lanza, bolidora y bala en que salimos con más sil-

tes en el cuero que los que tiene el billar del gringo Pitaluga. ¡A ver, teniente! ¿qué murió el soldao Froilán? El teniente estaba como ternero recién parido. Contó:

—¡Yo carculo que jué del hipo, mi coronel! —A ver, sargento! ¿de qué murió el soldao Froilán? —¡Yo colijo que jué del gofio, mi coronel! —¡No quiero calcularlos ni colijos, la nota que se va a pasar al ministro tiene que ser clara y sin tuitos y pujos! Y la cosa se jué poniendo ovejuna hasta llegar a negra porque al teniente al sargento les dio por emperarse y aflojar. Güeno, tenían razón: ya estaban metidos hasta el cogote y con el coronel por delante al que cada vez que le miraban la pera se les encogía la yel. Temblamos bamos tuitos porque ya véiamos al oficial y al otro con los ojos tapanos y el piquetapi apuntándose. En eso saltó el negro Serapio Balladares, a quien le decían Babuino, no, porque parecía de la cría de ese cho. Y dijo, perfilándose: —Con su permiso, mi coronel, si es que usía lo comode. —Era un negro crudo pero lustrao como charol. —¡Habla! —Yo estaba tan bien de guardia, mi coronel. El soldao Froilán, que supo ser su asistente en las guarnas y en las malas, murió del hipo que me dio el gofio. Es eso talcualmente lo que pasó, sin ponerle pelos y verrugas. —El coronel se levantó. —Con las palabras este negro —dijo— se va a redactar una nota. —Mandó formar la tropa, cantó la banda lisa. Y el coronel, de a caballo, pidiendo la espada y gritó: —¡Atención! El soldao Serapio Balladares queda graduado de teniente; el teniente Baldomero Benítez bajao a sargento; el sargento Cruz Cardona a soldao raso. ¡Rompan filas!

Dio tres o cuatro pitadas don Fidel mirando fijamente al peón Floricio Camejo, expresó:

—En aquellos tiempos se hacían mal las cosas, dende el sable hasta el por. Pero hoy algunos hombres se moquean por cualquier corcovo de yegua bellaca.

Y siguió lloviendo tres días más.

José MONEGAL

Como a los hombres les gusta!

Camisas impecables, cómodas; con distinguido aspecto de NUEVAS, pese al uso y los lavados.

Después de lavadas, un sencillo aplique con AURICOL renovará los aprestos embellecedores de las telas.

**AURICOL**

Farmacias y almacenes lo tienen

Después de lavadas, un sencillo aplique con AURICOL renovará los aprestos embellecedores de las telas.

**AURICOL**

Farmacias y almacenes lo tienen

Después de lavadas, un sencillo aplique con AURICOL renovará los aprestos embellecedores de las telas.

**AURICOL**

Farmacias y almacenes lo tienen

Después de lavadas, un sencillo aplique con AURICOL renovará los aprestos embellecedores de las telas.

**AURICOL**

Farmacias y almacenes lo tienen

Después de lavadas, un sencillo aplique con AURICOL renovará los aprestos embellecedores de las telas.

**AURICOL**

Farmacias y almacenes lo tienen

Después de lavadas, un sencillo aplique con AURICOL renovará los aprestos embellecedores de las telas.

**AURICOL**

Farmacias y almacenes lo tienen

Después de lavadas, un sencillo aplique con AURICOL renovará los aprestos embellecedores de las telas.

**AURICOL**

Farmacias y almacenes lo tienen

Después de lavadas, un sencillo aplique con AURICOL renovará los aprestos embellecedores de las telas.

**AURICOL**

# LA QUINTA DE BOLIVAR

En las estancias de Bolívar, una de las que más conserva la frescura del principio, es la quinta de Bogotá, extendida por las escarpas del Monserrate. Perteneciendo D. Simón tanto a la belleza como a la sinuosidad de nuestros paisajes con los que se identificó en los viajes de sus campañas y en los altos de sus triunfos y de sus desencuentros, ha de buscarse su recuerdo en los sitios y lugares por él frecuentados, los que reposó o esperó, y a los que guiaron los índices de su arbitrio o de su destino: la casa nativa de Caracas, el palacio de San Carlos, la quinta limeña de Magdalena la Vieja, la Quinta de Bolívar... En todos aquellos hay la memoria de los sucesos que fueron, en trazos de modelo presente, en su auténtico retrato. Caracas está saturada de su ambiente. La casa de los Bolívar, si flamante a trechos por la necesaria reconstrucción, aparece evocadora, religiosa, emotiva. Desde la fachada colonial de rejería puede hacerse el justo recuerdo de los orígenes, del desprendimiento de la partida, del temblor del terremoto. El patio en cuyo centro se guarda la bautismal en donde Simón recibiera el agua del primer sacramento. La sala austera y solariega. La alcoba en la que abrió los ojos a la vida. El dilatado comedor. El salón de la derecha. Tal presencia se aviene con los lienzos de Tito Salas, que en un cuadro y terminan una biografía pictórica, la parte de los retratos de familia en los cuadros alienta el genealógico prestigio. Aquí del cuadro se desliza la elegía: la noche del casorio, la muerte de Teresa de Parí y Alaiza de Bolívar, nos revela cómo el Libertador, de la vigilia junto al corazón de su esposa, se iría, para siempre, a buscar las armas de América.

En esos lugares quedaron sus vestidos, sus objetos. Sombreros y espadas, trajes de campaña y de parada, tambores y rifles. Cofrecillos y guardapelos. Casaca de Junín por la que extendió la polilla su avance destructivo que se conmoviera antes en ese "feriado ritmo" de sable y lanza, igual, metálico y tenso, como si se tratara de un combate de La Iliada. Americana que llevaba cuando su ascensión al Chimborazo. La fuerza documental se mezcla con la inquietud del mito. ¿Coronaría Bolívar la cumbre nevada del gigante de los Andes? ¿Concibió allí su alegoría, entre la nieve y la bruma y la figuración de las lenguas barbas del Tiempo? Por más que subsistan las interrogaciones, queda el poema, el Delirio sobre el Chimborazo, para que nos mantengamos cerca del Bolívar poeta que así se manifestó en varias de sus más líricas y urgidas páginas.

En Bogotá, si hay que volver la mirada a la ventana del Palacio de San Carlos por donde fugó D. Simón en la célebre noche de setiembre, a instancias de la quiteña Manuelita Sáenz, de viaje a la colina vigilante, en la Quinta de su nombre, han de hallarse los mejores cumplimientos de la evocación. Quinta de rampas y zigzags, de jardines que se dijera espontáneamente conformados como en el libre latir de las flores. Aquí vivió Bolívar y todo se ha querido conservar, salvo algunas añadiduras consonantes y otras un poco anacrónicas, como en el primer día.

Terreno de la antigua Capellania de Monserrate, obtenido sólo en ciento cincuenta pesos por el rico propietario José Antonio Portocarrero, allí surgió la quinta "pintada y olorosa" para fiestas cortesanas y para los ocios del Virrey Amar, de nombre infinitivo de un verbo permanente que Bolívar jamás desdeñaría. En 1820, comprada por el General Santander, significa el obsequio



El escritorio de la Quinta de Bolívar.

de Colombia al padre de la Patria. Daniel Ortega Ricaurte la retrata en palabra concisa: "Por una ancha portada con verja de hierro se entra a un patio empedrado y rodeado de cerezos y alcaparros; la casa, hermosa en su sencillez y risueña en su aspecto, es amplia y está rodeada de corredores enladrillados; dispone de grandes salones en los que se celebraron alegres y voluptuosas fiestas; en el comedor había hecho pintar el señor Portocarrero, grande amigo del Virrey, dos geniecillos que sostenían esta inscripción: "Amar es mi delicia", la que fue reemplazada por esta otra: "Bolívar es el dios de Colombia". En una de las salas hay una chimenea a la prusiana, de mármol blanco, que hizo construir Bolívar, no obstante que los santafereños la consideraban muy dañosa; en la ciudad no hay sino otras dos, la del palacio de gobierno y la de la casa arzobispal. Todo está rodeado de hermosos jardines llenos de surcos de fresas, de los que dice un viajero sueco: "Las flores formaban letreros alusivos a Bolívar y a sus principales batallas. Las variedades de claveles llevan los nombres de Boyacá, Carabobo y Libertador." Un baño cercado de tapias bajas cubiertas de enredaderas, hecho por el mismo Bolívar, y un elegante mirador diseñado por él, se destacan hacia la colina del Norte; al Sur se hallan las caballerizas. En la quinta pasó temporadas Manuela Sáenz desde que vino del Perú en 1826, y en ella vivió desde marzo de 1828 cuando el Libertador salió para Bucaramanga; allí se reunían muchas veces los amigos de Bolívar".

Su actual disposición de Museo no se opone a las abstracciones para pensar en la época, y más aún si la mayor parte de los objetos que la decoran pertenecieron ciertamente a Bolívar o a Manuelita. Rodean a la quinta los pinos centenarios, sembrados por él, y si hay, desde la entrada, surtidores de mármol puestos por su posterior propietario, José Ignacio París, quien la recibió en donación graciosa de las propias manos

del Libertador, subsisten los muebles principales: el arcaico escritorio; los del comedor en donde se tejían las horas del esparcimiento, como también los planes de las batallas o los propósitos del gobierno: el lecho del hombre magro a cuya cabecera se levanta un crucifijo de cinceles quiteños; la pequeña mesa velador.

Por más que no sea posible, ni haga falta, fijar exactamente la edad de los vegetales y de los utensilios de tales recintos, lo que se extiende por la umbrosa quinta es el aire pretérito que parece más próximo en cuanto llegan la anécdota y, con su luz de candil, la leyenda. Por este sendero, al lado de la caballeriza, salía la "amable loca", a la ginetá, vestida de hombre, para ir al centro de la ciudad. En estos campos de interior, sombreados por la estatura de árboles añosos, ordenó Manuela que fuera fusilado en efígie el General Francisco de Paula Santander, a quien acusaba de traidor para justificar la simbólica descarga al pecho del muñeco que le representaba. Sobre esta mesa breve subió Bolívar, en noche de fiesta, con alegría desusada y fuera de figura, para dar unos saltos de baile triunfal.

No importa catalogar la minucia que encontremos en sus habitaciones. Pero los espejos convexos que decoran su sala rectangular, nos devuelven imágenes miniaturadas de los visitantes de la Quinta de Bolívar, y nuestras propias imágenes, con una nitidez como presente y distante, como justa materia de evocación que no fuera desdibujada ni vagarosa. Estos espejos de redondeada luna, precursores de la proyección tridimensional, nos recogen móvilmente fotografiados, para que nos veamos y reconozcamos como si hubiéramos estado otra vez, ha más de cien años, en esta quinta cuyo polvillo remoto, filtrándose en un pálido sol bogotano, finge una danza como de villanos de los sueños.

Augusto ARIAS.

(Especial para EL DIA.)



Quinta de Bolívar. Los jardines rústicos de la entrada.

# EL INOLVIDABLE ATILIO PELOSSI



La juvenil y expresiva fisonomía de Atilio Pelossi.

TENIA apenas 19 años. Un hermano de su padre, había hecho la guerra de Cuba. Dos de sus hermanos, se fueron un día a la "guerra europea". Alistado en las fuerzas norteamericanas, regresó a su tiempo el uno; el otro cayó para siempre en los campos de Verdum, según se presume. Hay un destino de azar de arrojo, de pasión por la fuerza, en esta familia afincada en la ciudad maragata de San José, donde Atilio naciera un 12 de octubre, Día de la Raza.

Alto, animoso, los deportes a su edad, le atraen; integra una institución amateur con los amigos que se reúnen en el café de Uruguay y Río Negro, donde charlan, hacen proyectos, y de donde parten casi siempre para dar expansión a sus inquietudes juveniles.

Le interesa como ocupación a seguir, lo que se relaciona con la electricidad, cuyas tareas realiza con sentida afición.

Aquel día, 11 de junio de 1925, Atilio se levanta de la rueda amistosa, y se dispone a marchar. Debe ir a Punta Carretas por un trabajo. Los compañeros le retienen entonces:

—¡Te quedas con nosotros! Terminarás el arreglo de la instalación, y luego almorzaremos juntos.

No son en realidad sus amigos, que le retienen. Es su destino.

Atilio cede y se queda.

Próximamente las cinco de la tarde, cumplida su tarea, nuevamente se dispone a marchar. Y por segunda vez aquellos, inexplicablemente, le contienen, no quieren que se vaya!

—¡Te quedas a cenar luego con nosotros!

Y Atilio, sin valer sus razones en contra, cede. Se queda! Una aguja finísima va tejiendo inexorable la trama.

Después, con Enrique Almada y otros, (1) va a dar una vuelta por la atrayente Avenida 18 de Julio. Pasan por Sarandí, calle de moda; y emprenden en el atardecer el regreso al lugar de partida.

Bajan por Río Negro...

En esos momentos, ha estallado un incendio en la Casa de Películas Fox, ubicada casi en la esquina con Mercedes. La gente corre, se aglomera. Lo inflamable del material afectado, ha impulsado la rapidez del

sinistro. Al llamar a los bomberos, en unos minutos, el humo tira ya fuerte para afuera en la vieja finca. Se oyen gritos. Una empleada no se ha animado a escapar y ha quedado dentro.

Atilio comprende, piensa un instante, se separa de pronto de sus compañeros en actitud decidida. No atiende las palabras que le dicen: Qué vas a hacer! Oye otra voz.

Dentro hay alguien. No es un pariente, no es de su amistad. No sabe cómo se llama, ni qué edad tiene. Es una persona desconocida. Una empleada que ha quedado dentro, que va a perecer, sin duda.

De la vereda se siente chisporrotear el fuego. El humo tira más y más, sacando una enorme lengua negra hacia arriba.

Y Atilio se ata un pañuelo en la boca, y arranca resuelto hacia dentro de la finca. Hay un minuto de asombro, en la vereda, en la calle. Un minuto! Llegan los bomberos. Las mangueras describen ya su chorro potente, al centro, a los laterales de la casa. Han cesado los gritos.

La historia es triste. Tiene la honda melancolía del heroísmo que pudo haber sido coronado por la alegría. Porque cuando la declinación del fuego lo permite, los bomberos hallan en la proximidad de la salida a la calle, el cuerpo hierático de Atilio Pelossi. El desconocimiento de la disposición de la casa, obnubilada la visión, le había cerrado el paso. A unos metros apenas, la pared hacía un codo. Y él hubiera podido salir con la señorita en los brazos, a la calle. La asfixia tendió entretando su mano piadosa, evitando la terrible agonía del fuego.

Atilio tenía el brazo izquierdo hacia arriba, apretando el tórax de Asunción Muñoz, la niña de quince años, a quien había ido a salvar.

¡Y pudo haberlo conseguido!

El relato hubiera tenido entonces las letras doradas de la leyenda. Pero el heroísmo se nutre a veces misteriosamente, de hechos así, que salen de la restricción, de la adecuación convencional; que salen de un país, de un continente, de toda frontera; que se plantan en la conciencia misma de la humanidad, y golpean allí, fuertemente.

La repercusión emocional del hecho, llegó entonces a todos. Con el pueblo, los Poderes Públicos, las autoridades departamentales, las asociaciones culturales, sociales, deportivas; las instituciones docentes, rindieron su homenaje al héroe.

Los niños de las escuelas, con sus túnicas blancas y sus moñas azules, formaron a lo largo de las calles por donde debía pasar el cortejo.

Presentían sin duda, más que comprendían.

Transcurridos treinta y cinco años, cuando ellos, hoy hombres, lleven a sus hijos al Paseo del Prado, entre los bellos árboles frondosos, junto al arroyo Miguelete, pasarán por una calle, leerán el nombre de esa calle, "Atilio Pelossi", y narrarán a sus chicos, con los lejanos recuerdos inolvidables, la historia conmovedora.

Enrique Ricardo GARET.

(1) Datos proporcionados por el señor Roberto L. Pelossi, hermano de Atilio. (Especial para EL DIA.)

## MODALIDADES DEL LENGUAJE

A veces las masas populares, en ocasiones los letrados, dan a las palabras nuevas significaciones. Es éste un fenómeno regular en todos los idiomas. Y ocurre, porque las formas del lenguaje, por numerosas que sean, son siempre menores que las formas del pensamiento.

Leyes de economía y de analogía rigen estas mutaciones, que tienen a menudo sentido lógico, y en otros casos, juicio antojadizo. Aunque cada vocablo nace con deter-

minada acepción, se adapta para las necesidades que lo llaman a nuevas formas de vida. Mucho de esto le ocurre al hombre en el mundo social y biológico.

Veamos algunos ejemplos extraídos de nuestra habla.

LA CRISIS HA SIDO SUPERADA. No hay periodista que se estime, que no inserte este giro como título de un comentario acerca de una crisis que ha sido conjurada, remediada, vencida, dominada o alejada.

En cualquier diccionario de lengua española, "superar" significa sobrepasar o exceder. En consecuencia, el sentido semántico adquirido por superar es convencional. Pero el uso lo ha impuesto. Respetemos el uso.

SER HINCHA. En el Léxico Oficial, "hincha" significa odio o enemistad; pero en jerga deportista ha tomado en nuestro medio el sentido de fanático del fútbol, o defensor entusiasta de cualquier otro deporte, o partidario apasionado de alguna otra causa. Alguien sostiene que la acepción nuestra procede de la palabra inglesa "heenchmen", que alude a los hombres que ovacionan en las contiendas deportivas. No formulamos opinión sobre la oriundez.

AL FILO DE LA SENECTUD. Está de moda esta frase "al filo", en lugar "próximo a", "cerca de", "casi en", "en los límites de", etc. Ninguna de las significaciones de la palabra "filo", registradas en los vocabularios conviene al uso que señalamos; pero la costumbre ha legalizado esta acepción.

SANOS Y SALVOS. La práctica cotidiana ha cambiado sistemáticamente la ubicación de las palabras de este modismo. Lo correcto es expresar "salvos y sanos", porque es de sentido común que de una catástrofe se salga, primero salvo, y luego se averigua si sano o lesionado. Decir que se salió sano, implica que se ha salvado. ¿Estamos? A modificar, pues, la mala estructura.

ACOMODARSE Y ACOMODADO. La viveza criolla ha sacado a estos términos de su sentido ortodoxo, para expresar el arte de recurrir a negociaciones ocultas, a procedimientos ilegales para obtener lo que no se espera conseguir por medios regulares. Práctica usual, en los "madrugadores", los "arriistas", los "avivados" y otros congéneres que constituyen la legión de los incapaces e irresponsables.

TIRARSE UN LANCE. Quizás del sentido de "trance u ocasión crítica" que tiene la palabra "lance", tomó la acepción fraseológica de arriesgarse a hacer algo, intentar una aventura difícil, y en el campo de lo erótico, asediar a una mujer, "cargarla" con ánimo de seducción.

LLEVAR EL APUNTE. Giro que procede sin duda de la función del apuntador teatral. Se emplea más en sentido negativo: "no llevar el apunte", es decir, no hacer caso, no corresponder, no ser de idéntica opinión.

MIRE LO QUE LE DIGO. Lo que se dice no se mira, sino se oye, se escucha o se atiende. Poco parentesco tiene el sentido de la vista con el del oído. Pero, ¿quién le pone (digo) quién le quita el cascabel al gato?

TENER CANCHA Y SER CANCHERO. De la destreza adquirida en las justas deportivas, nacieron estas mutaciones semánticas con el sentido de "obrar con desenvoltura", "poseer artimañas para conseguir algo", "ser muy conocedor de un asunto". Tener cancha y ser canchero son codiciones de todo buen "sobrador".

PARRILLADA. No es solamente el establicimiento donde se sirven carnes asadas a la parrilla, sino el conjunto de esas carnes. Así como "spiedo" (italianismo que significa "asador"), nombra a las aves o a los asados hechos, no en la parrilla, sino en un dispositivo de hierro de movimiento circular.

DAR LA BOLILLA. Tiene sentido análogo a "colgar la galleta", es decir, despedir de un empleo, plantar el novio a la novia o viceversa, eliminar a alguien de una comunidad. Dar la bolilla, en este sentido, tiene origen en las votaciones secretas de algunas instituciones, hechas con bolillas negras y blancas para la admisión de un socio. Una

DICERES. El plural de "decir" es "decisola bolilla negra basta para el rechazo.

res" y no "díceres". Este error circula tanto por el habla del pueblo como por el lenguaje de las personas ilustradas.

En nuestro periodismo es frecuente este plural heterodoxo, que no se justifica, no obstante su gran difusión.

FULANO ES MUY BIEN. Expresión antojadiza por buena persona, distinguido, culto, agradable, simpático.

"Muy bien" es un adverbio de modo y no puede emplearse al servicio de un sustantivo, sino de un verbo.

Adviértase lo veleidoso del uso; "un hombre bien" es concepto ponderativo; en cambio, "un niño bien" es locución peyorativa que equivale a "pituco", es decir, el acicalado, el inútil vanidoso, el engreído, el pagado de pergaminos aristocráticos, figura decorativa que sólo vive para el vacío lucimiento social.

LOS OTROS DIAS. Con este giro se quiere expresar: "días atrás" o "hace pocos días".

Nótese que con las restantes medidas de tiempo: horas, semanas, meses, años, nadie dice "las otras horas", "los otros años". En consecuencia, "los otros días" es locución vaga y sin sentido, que no tiene la relativa precisión de "en estos días". Por tanto, no obstante su consagración generalizada, eliminemos esa expresión y sustituyámosla por otras más claras y de significación más definida.

Alberto RUSCONI.

(Especial para EL DIA.)

### RECUERDE U.D.

**NO OCUPA LUGAR!!**

MODERNA Y LUJOSA TABLA DE PLANCHAR PLEGABLE "JISSA"

ELEGANTE Y FINA TERMINACION

EN SUS DOS TIPOS: DE EMBUTIR O APLICAR

EN VENTA EN LAS BUENAS CASAS DEL RAMO

ES OTRO PRODUCTO DE ESTABLECIMIENTO INDUSTRIAL Y COMERCIAL JAMIL ISSA Y TU 1934 TELEFONO 500261

Sea propietario en

**MONTERREY**

- Cno. Carrasco (antes del Parque)
- Omnibus cada 10 minutos
- Luz. Pavimento. Agua

**GRATIS 5.000** LADRILLOS DE PRENSA

INFORMES **DAR S.A.** 25 de Mayo 470 Esc. 16 P. 2 (DE MAÑANA)



La vida callejera es caldo de cultivo para nuevos significados de los vocablos y las locuciones. (Dibujo de Octavio Fioravanti).

# Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

PON A NUESTRO PEQUEÑO SALVAJE EN UNA JAULA, NICK... HASTA QUE PUEDAS DOMARLO.



MIRA! GIGANTES Y PIGMEOS!

ENFÓCALOS CON LA CÁMARA, JOE! NICK, TRAE LOS RIFLES!

EMPUJEN A ESE MOCOSO HACIA AQUI, MUCHACHOS, CERCA DE NUESTROS MONOS.

DÉJENME, TARZAN, LOS MATARÉ!

TARZAN, ME TIENEN EN UNA JAULA! AYUDAME!



MIRA, JOE, QUE ESTUPENDO! TENEMOS A LOS MAS GRANDES GORILAS Y A LOS HOMBRES MAS PEQUENOS!

CHARLIE! FILMA A ESE GIGANTE SALVAJE!



SAQUE A MI MUCHACHO DE LA JAULA! QUIEN CREE UD. SER? EL EMPERADOR DE AFRICA?

QUE TE PARECE, NICK. ALGUIEN LE ENSEÑO INGLES A ESTE GIGANTE?



ENJÁULALOS A TODOS, NICK! LOS GORILAS Y LOS ENENITOS SON MAS VALIOSOS PARA MI CIRCO QUE LOS LEONES!

BILL ELLIOTT JOHN CELARDO



NO TE PROMETÍ, NICK, QUE ESTABA SERIA UNA EXPEDICIÓN DE GRANDES GANANCIAS PARA POMPUS?



Nutre,  
vigoriza,  
fortalece.

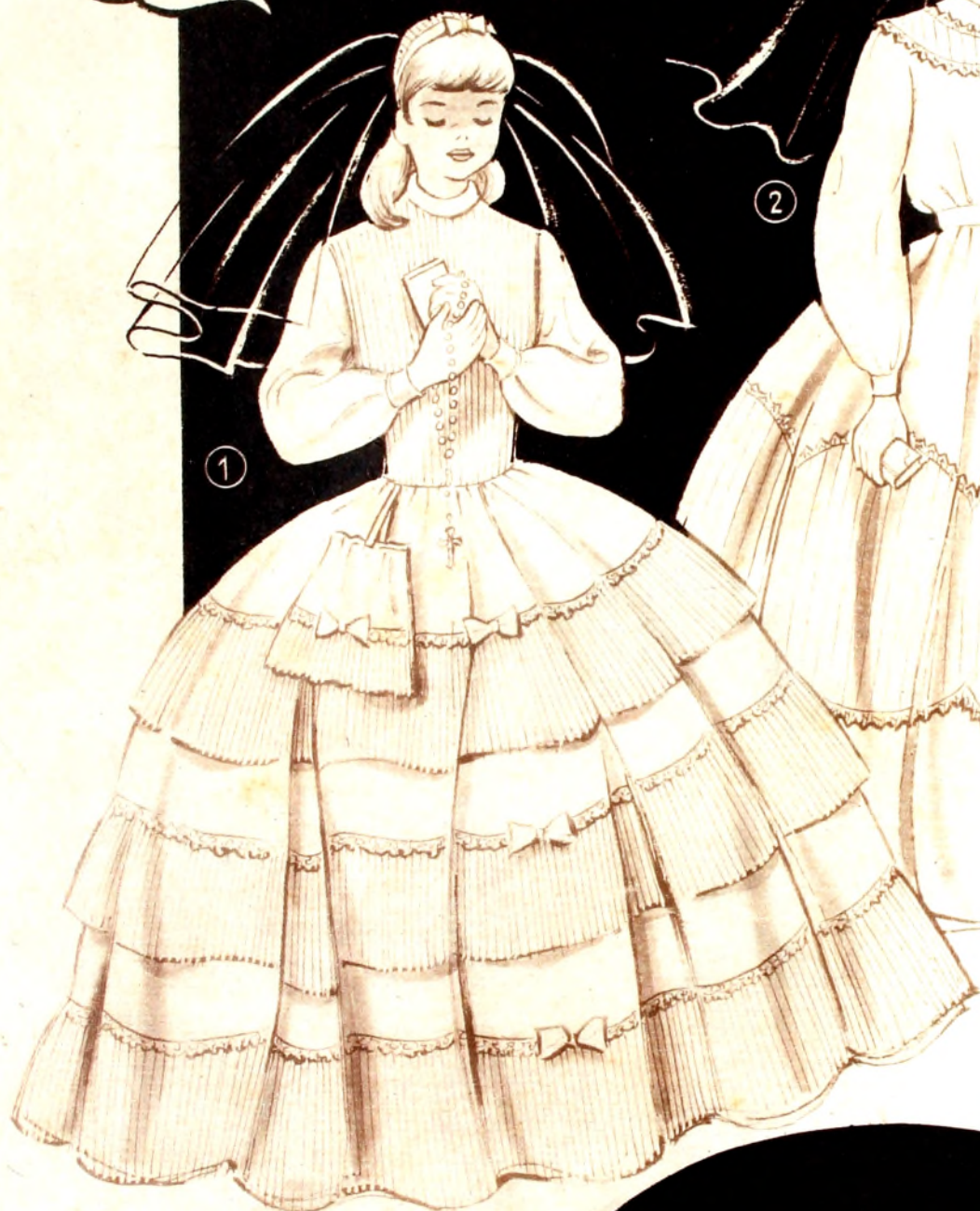
# TODDY

No tiene,  
ni puede  
tener similares.



# PRIMERA COMUNION

Día soñado por la fé  
de sus niños



1 - Fino vestido en organza de nylon suiza, con novedosa blusa plisada y falda de volados con cluny, viso de taffeta y de armar. Talle 6 **\$ 500.00**  
Aumenta \$ 15.00 por talle

2 - Vestido realizado en organza de nylon importada, adornado con alforzas y puntilla de cluny, viso de armar y de taffeta. Talle 6 **\$ 360.00**  
Aumenta \$ 10.00 por talle

3 - Traje de corte moderno, confeccionado en sarga color azul o gris. Talle 4 **\$ 120.00**  
Aumenta \$ 5.00 por talle

4 - Traje modelo derecho realizado en sarga de superior calidad, color azul. Talle 5 **\$ 145.00**  
Aumenta \$ 5.00 por talle

**PRESENTAMOS:**  
completa selección  
de vestidos, trajes,  
libros, rosarios, bra-  
zaletes, camisas y  
todo lo necesario  
para la comunión  
de sus niños.



CLIENTES DEL INTERIOR: Dirijan vuestros pedidos a nuestra CASA MATRIZ, Avda. Agraciada 2302 y M. Sosa.

Para facilitar sus compras, nuestras 3 casas permanecen abiertas durante 10 horas al día en horario continuado de 9 a 19 horas.

CASA MATRIZ  
Avda. Agraciada 2302  
TELEF. 20 09 61

SUC. GOES-Avda. Gral.  
Flores 2341 - TELEF.  
24200-24300-24400

SUC. CORDON  
Avda. 18 de Julio 1601  
TELEF. 40 4111

**Casa Soler**  
SOLER HNOS. S. A.

